# CRISIS DE DOMINACIÓN Y PODER POPULAR 1

## HERRAMIENTAS DE ANÁLISIS PARA EL CAMBIO SOCIAL

## *La "crisis orgánica" de 1969 a 1975*

Cartilla de formación - Abril 2010

**Frente Popular Darío Santillán**

www.frentedariosantillan.org

*"Con sus prácticas militantes y sus actividades de formación el FPDS encara el problema de la construcción de una nueva conciencia, una nueva ética y una nueva cultura. Sin ellas, será imposible plantearse sinceramente la transformación de las estructuras opresivas y las relaciones de explotación."*

en esta cartilla:

***La "crisis orgánica" de 1969-1975***

# Índice

Presentación del curso .....3

**I. Algunos conpetos clave para el análisis político.**
"Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerza."
*Antonio Gramsci*.....8
"Lucha política y guerra militar."
*Antonio Gramsci*.....17

**II. Una lectura del período:**
"La anomalía argentina".
*Adolfo Gilly*.....24

**III. Expresiones desde la lucha.**
"Programa del 1° de Mayo" (1968).
*CGT de los Argentinos*.....51
"A los trabajadores y el pueblo" (1971).
*SI.TRA.C y SI.TRA.M*.....61
"El triunfo de la movilización" (1975).
*Coordinadora del 75*.....64
"La guerrilla industrial: un nuevo cuento..." (1975).
*Coordinadora del 75*.....67

# Presentación del curso de formación 2010

PARTIENDO de la evaluación colectiva realizada al final de la escuela militante de 2009, desde el área de formación hemos propuesto un cambio en la estructura de los cursos anuales de formación para compañer@s con responsabilidades orgánicas. Siempre es costoso comenzar con un esquema de trabajo nuevo, pero las apuestas son un momento clave de toda creación política. En este caso, se trata de alcanzar una formación política que se corresponda con las necesidades que nuestra organización enfrenta tanto en su construcción como en las luchas que le dan sentido. La tarea no es fácil, los recursos de los que disponemos no son los ideales y el compromiso de cada un@ de l@s participantes será un elemento determinante para definir si este cambio resulta, como queremos, en un salto hacia adelante en lo que hace a la formación política en el FPDS.

Los dos grandes desafíos que guiaron la planificación de este curso anual fueron aportar a la formación de un hábito de estudio en la militancia y brindar herramientas para afrontar el aspecto central de cualquier caracterización o análisis político: la producción de conocimientos.

Para esto hemos optado por un trabajo con dos modalidades articuladas. Por un lado, se harán **tres encuentros anuales**, de tres días cada uno, donde se trabajará intensivamente tanto con exposiciones, como con trabajo grupal, discusiones y debates a partir de documentos o películas. Por otro lado, al final del primer encuentro se organizarán grupos de trabajo, de unos 8 integrantes, que repartidos en ejes tendrán la tarea de abordar un tema de investigación. Estos grupos, formados de acuerdo a su cercanía geográfica, deberán reunirse **una vez por mes** con un coordinador (propuesto por el área) para encarar un trabajo sistemático de recopilación y análisis con el fin de realizar una exposición en el tercer y último encuentro del año, así como en perspectiva de publicar un cuadernillo donde se presente al resto de los cumpas del FPDS una síntesis de los resultados sobre el tema investigado.

Respecto a la temática que engloba los encuentros, así como el trabajo

en grupos, nos pareció necesario que esta tenga una relación directa con la etapa histórica que se abre ante nosotros. Porque evaluamos como una necesidad política de primera importancia contar con más y mejores producciones y análisis propios, es decir, elaborados por sujetos involucrados en los desafíos cotidianos de la militancia. Esto no sólo nos ayudará a reconocer el justo lugar que tiene la perspectiva política en cualquier análisis de las fuerzas sociales, sino a obtener reflexiones más directas sobre nuestra propia practica.

Esperamos, de este modo, avanzar sobre aquellas que se han señalado como algunas de las principales falencias de las escuelitas anteriores: la falta de acompañamiento al momento de la lectura, la discontinuidad generada por los encuentros de un día al mes, la dificultad para instalar la formación como una responsabilidad política de primer orden y la falta de devolución hacia el resto del FPDS.

A su vez, un programa de este tipo permitirá que participen de los encuentros algunos cumpas del interior, aunque la coordinación de un encuentro mensual para la producción de una investigación escape a la capacidad organizativa actual de esta área de formación.

***Programa:***

**1er encuentro del 1° al 3° de abril**. En el primer taller-encuentro se trabajará desde una perspectiva comparativa dos momentos de clara debilidad de las relaciones de dominación y de activación de la lucha de las clases subalternas en nuestro país: el periodo de crisis orgánica que se abre con el cordobazo en 1969 y se prolonga hasta las coordinadoras fabriles de 1975 y la crisis del 2001, entendida como proceso. La modalidad para abordarlos será comparar: a) los cambios económicos y la composición dentro del bloque dominante; b) la acción del Estado, tanto desde lo represivo como sus acciones de cooptación y de construcción de consenso; c) las concepciones, formas de lucha y organización de los diferentes sectores de las clases subalternas; d) los cambios a nivel del sistema político; e) un análisis del contexto mundial, y sobre todo latinoamericano, y cómo repercute en las relaciones de fuerza de nuestro país.

**2do encuentro del 9° al 11° de julio**. En el segundo taller-encuentro se trabajará sobre los movimientos sociales emergentes de la crisis de 2001, a saber: movimiento piquetero, fábricas recuperadas, asambleas populares. Analizando sus principales características, diversidad y tensiones que recorren su práctica, hasta abordar la aparición de nuevas experiencias a nivel gremial en el marco de la relativa -a

discutir- recomposición sistémica del periodo kirchnerista.

**3er encuentro del 29º al 31º de Octubre**. El tercer y último encuentro se dedicará a la devolución de lo investigado en los grupos de trabajo. Allí l@s cumpas expondrán lo que trabajaron a lo largo del año al conjunto de l@s compañer@s que participaron de esta escuelita militante. El trabajo que resulte de estas presentaciones será la base a partir de la cual se elaborarán cuadernillos de formación con el objetivo de aportar análisis para que los espacios orgánicos del FPDS puedan profundizar en la caracterización de la etapa que atravesamos, así como hipotetizar sobre los escenarios políticos y los desafíos que se presentan a futuro.

**Para la investigación** cada grupo contará con un(a) coordinador(a), propuest@ por el área de formación, cuya función será la de colaborar con el grupo aportando sus conocimientos sobre el tema, elementos metodológicos para la investigación, sugerencias de bibliografía, etc. Pero será el grupo el que deberá recortar el objeto dentro de uno de los ejes temáticos y llevar adelante el trabajo de recopilación y análisis de la información. Por esto, sugerimos que cada grupo designe un(a) responsable intern@ que ayude a organizar la división de tareas, la sistématicidad de las reuniones y otras necesidades organizativas.

Los ejes-temáticos propuestos por el área son los siguientes:

**1) El Estado en la actualidad**. El bloque dominante: cambios a nivel económico, en su composición y en las formas de acción. Estrategias de control social: acciones sobre las clases subalternas y las organizaciones populares, formas represivas, de cooptación y construcción de hegemonía. Sistema Político: el Poder Popular y su relación con el sistema político, caracterización de las propuestas sistémicas y del campo popular.

**2) El movimiento obrero.** La clase obrera: su situación actual, su composición y sus experiencias de lucha. El problema de la burocracia sindical. Experiencias de poder popular y autogestión de los trabajadores: Fábricas recuperadas, cooperativas y proyectos productivos.

**3) Los movimientos populares.** Organizaciones territoriales: composición, formas de acción y de organización. Las luchas ambientales, campesinas y de los pueblos originarios: la conformación de la UAC y las luchas contra el saqueo. Los colectivos culturales y la crisis y recomposición del movimiento estudiantil: Juventud y exclusión. Las luchas contra el patriarcado: género y feminismo; la experiencia de los Encuentros Nacionales de Mujeres.

# La "crisis orgánica" 1969-1975

# I. Algunos conceptos clave para el análisis político.

**Abrimos este bloque con una selección de dos textos de Antonio Gramsci que consideramos fundamentales para discutir cualquier "análisis de la situación concreta". A lo largo de estas líneas, que se encuentran en las** *Notas sobre Maquiavelo sobre la política y sobre el Estado moderno*, **Gramsci discute y elabora una serie de conceptos clave para guiar el arte político y el análisis histórico. La presencia del pensamiento de Gramsci en nuestro contexto es tal que incluso el título de "crisis orgánica", que elegimos para caracterizar el proceso social que se desarrolla en la Argentina entre 1969 y 1975, sólo se comprende al interior de su propuesta de análisis de la situación. Por esto, antes de entrar en la carne del proceso histórico que queremos pensar en esta primera parte de la cartilla, proponemos hacer un alto para confrontar nuestras concepciones con las herramientas analíticas de este clásico de la teoría política revolucionaria.**

# Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerzas.

Antonio Gramsci.

Un estudio sobre la forma en que es preciso **analizar las "situaciones"**, o sea, la forma en que es preciso **establecer los diversos grados de relaciones de fuerzas**, puede prestarse a una exposición elemental de ciencia y arte político, entendida como un conjunto de cánones prácticos de investigación y de observaciones particulares; útiles para subrayar el interés por la realidad efectiva y suscitar intuiciones políticas más rigurosas y vigorosas. Al mismo tiempo, hay que agregar la exposición de lo que en política es necesario entender por estrategia y táctica, por "plan" estratégico, por propaganda y agitación, por "orgánica" o ciencia de la organización y de la administración en política.

Los elementos de observación empírica que por lo general son expuestos en forma desordenada en los tratados de ciencia política […] en la medida que no son cuestiones abstractas o sin fundamento, deberían encontrar ubicación en los diversos grados de las relaciones de fuerza, comenzando por las relaciones de las fuerzas **internacionales** (donde se ubicarían las notas escritas sobre lo que es una gran potencia, sobre los agrupamientos de Estados en sistemas hegemónicos y, por consiguiente, sobre el concepto de independencia y soberanía, en lo que respecta a las potencias medianas y pequeñas), para pasar a las relaciones **objetivas sociales**, o sea, al grado de desarrollo de las fuerzas productivas, a las relaciones de fuerza **política y de partido** (sistemas hegemónicos en el interior del Estado) y a las relaciones **políticas inmediatas** (o sea, potencialmente militares).

¿Las relaciones internacionales preceden o siguen (lógicamente) a las relaciones sociales fundamentales? Indudablemente las siguen. Toda renovación orgánica en la estructura modifica también orgánicamente las relaciones absolutas y relativas en el campo internacional a través de sus expresiones técnico-militares. Aún la misma posición geográfica de un Estado nacional no precede sino sigue (lógicamente) las innovaciones estructurales, incidiendo sobre ellas, sin embargo, en cierta medida (precisamente en la medida en que las

superestructuras inciden sobre la estructura, la política sobre la economía, etc.). Por otro lado, las relaciones internacionales inciden en forma pasiva o activa sobre las relaciones políticas (de hegemonía de los partidos). Cuanto más subordinada a las relaciones internacionales está la vida económica inmediata de una nación, tanto más un partido determinado representa esta situación y la explota para impedir el adelanto de los partidos adversarios [...]. De esta serie de datos se puede llegar a la conclusión de que, con frecuencia, el llamado "partido del extranjero" no es precisamente aquel que es vulgarmente indicado como tal, sino el partido más nacionalista, que en realidad, más que representar a las fuerzas vitales del propio país, representa la subordinación y el sometimiento económico a las naciones, o a un grupo de naciones hegemónicas [...].

Es el **problema de las relaciones entre estructura y superestructuras** el que es necesario plantear exactamente y resolver para llegar a un análisis justo de las fuerzas que operan en la historia de un período determinado y definir su relación. Es preciso moverse en el ámbito de dos principios: 1) ninguna sociedad se propone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o no estén, al menos, en vía de aparición y de desarrollo; 2) ninguna sociedad desaparece y puede ser sustituida si antes no desarrolló todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones [1].

A partir de la reflexión sobre estos dos cánones se puede llegar al desarrollo de toda una serie de otros principios de metodología histórica. Sin embargo, **en el estudio de una estructura** es necesario distinguir los **movimientos orgánicos** (relativamente permanentes) de los que se pueden llamar **movimientos "de coyuntura"** (y se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de coyuntura dependen también de movimientos orgánicos, pero su significado no es de gran importancia histórica; dan lugar a una crítica política mezquina, cotidiana, que se dirige a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades que tienen la responsabilidad inmediata del poder. Los fenómenos orgánicos dan lugar a la crítica histórico-social que se dirige a los grandes agrupamientos, más allá de las personas inmediatamente responsables y del personal dirigente. Al estudiar un período histórico aparece la gran importancia de esta distinción. Tiene lugar una crisis que a veces se prolonga por decenas de años. Esta duración excepcional significa que en la estructura se han revelado (maduraron) contradicciones incurables y que las fuerzas políticas, que obran positivamente en la conservación y defensa de la estructura misma, se esfuerzan, sin embargo, por sanear y por superar dentro de ciertos límites. Estos esfuerzos incesantes y perseverantes (ya que ninguna forma social querrá confesar jamás que está superada) forman el terreno de lo "ocasional" sobre el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a dem-

ostrar [2] que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan y, por consiguiente, deban ser resueltas históricamente (en cuanto todo venir a menos del deber histórico aumenta el desorden necesario y prepara catástrofes más graves).

El error en el que se cae frecuentemente en el análisis histórico-político consiste en no saber encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional. Se llega así a exponer como inmediatamente activas causas que operan en cambio de una manera mediata, o por el contrario a afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes. En un caso se tiene un exceso de "economismo" o de doctrinarismo pedante; en el otro, un exceso de "ideologismo"; en un caso se sobrestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual.

La distinción entre movimientos y hechos orgánicos y de "coyuntura", u ocasionales, debe ser aplicada a todas las situaciones, no sólo a aquellas en donde se verifica un desarrollo regresivo o de crisis aguda, sino también a aquellas en donde se verifica un desarrollo progresivo, o de prosperidad, y a aquellas en donde tiene lugar un estancamiento de las fuerzas productivas. El nexo dialéctico entre los dos órdenes de "movimiento" y, en consecuencia, de investigación, es difícilmente establecido con exactitud; y si el error es grave en la historiografía, es aún más grave en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia pasada sino de construir la presente y la futura [3].

Son los mismos deseos de los hombres y sus pasiones menos nobles e inmediatas las causas del error, en cuanto se superponen al análisis objetivo e imparcial y esto ocurre no como un "medio" consciente para estimular a la acción, sino como un autoengaño. La serpiente, también en este caso, muerde al charlatán, o sea, el demagogo es la primera víctima de su demagogia.

Estos criterios metodológicos pueden adquirir visible y didácticamente todo su significado si se aplican al examen de los hechos históricos concretos. Se lo podría hacer con utilidad en el caso de los acontecimientos desarrollados en Francia de 1789 a 1870. Me parece que para mayor claridad en la exposición sería necesario abrazar todo este período. En efecto, sólo en 1870-71, con la tentativa de la Comuna [de París], se agotan históricamente todos los gérmenes nacidos en 1789, lo cual significa que la nueva clase que lucha por el poder, no sólo derrota a los representantes de la vieja sociedad que se niegan a considerarla perimida, sino también a los grupos más nuevos que consideran como superada también a la nueva estructura surgida de los cambios promovidos en 1789. Dicha clase demuestra así su vitalidad frente a lo viejo y frente a lo más nuevo. Además, en 1870-71 pierde eficacia el conjunto de principios de estrategia y de táctica política nacidos prácticamente en 1789 y desarrollados en forma ideológica alrededor de 1848 (y que se resumen en

la fórmula de "revolución permanente"). [...] Un elemento que muestra lo acertado de este punto de vista es el hecho de que los historiadores no están en absoluto de acuerdo (y es imposible que lo estén) cuando se trata de fijar los límites del conjunto de acontecimientos que constituyen la Revolución Francesa. [...] En todos estos puntos de vista existe una parte de verdad. En realidad, las contradicciones internas de la estructura social francesa, que se desarrollan después de 1789, sólo encuentran un equilibrio relativo con la tercera república y Francia conoce entonces sesenta años de vida política equilibrada luego de ochenta años de conmociones producidas en oleadas cada vez más espaciadas: 1789, 1794, 1804, 1815, 1830, 1848, 1870. El estudio de estas "oleadas" de amplitudes diferentes es precisamente lo que permite reconstruir las relaciones entre estructura y superestructura por un lado, y por el otro, entre el desarrollo del movimiento orgánico y del movimiento coyuntural de la estructura. Se puede decir, por lo tanto, que la mediación dialéctica entre los dos principios metodológicos enunciados al comienzo de esta nota puede encontrarse en la fórmula político-histórica de la revolución permanente.

Un aspecto del mismo problema es la llamada **cuestión de las relaciones de fuerza**. Se lee con frecuencia en las narraciones históricas la expresión genérica: "relaciones de fuerza favorables, desfavorables a tal o cual tendencia". Planteada así, en abstracto, esta fórmula no explica nada o casi nada, porque no se hace más que repetir el hecho que debe explicarse presentándolo una vez como hecho y otra como ley abstracta o como explicación. El error teórico consiste, por lo tanto, en ofrecer como "causa histórica" un canon de búsqueda y de interpretación.

En la "relación de fuerza" mientras tanto es necesario distinguir diversos **momentos o grados**, que en lo fundamental son los siguientes:

1) Una relación de f**uerzas sociales estrechamente ligadas a la estructura**, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, que puede ser medida con los sistemas de las ciencias exactas o físicas.

Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se dan los grupos sociales, cada uno de los cuales representa una función y tiene una posición determinada en la misma producción. Esta relación es lo que es, una realidad rebelde: nadie puede modificar el número de las empresas y de sus empleados, el número de las ciudades y de la población urbana, etc. Esta fundamental disposición de fuerzas permite estudiar si existen en la sociedad las condiciones necesarias y suficientes para su transformación, o sea, permite controlar el grado de realismo y de posibilidades de realización de las diversas ideologías que nacieron en ella misma, en el terreno de las contradicciones que generó durante su desarrollo.

2) Un momento sucesivo es la relación de

las **fuerzas políticas**; es decir, la valoración del grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por los diferentes grupos sociales.

Este momento, a su vez, puede ser analizado y dividido en diferentes grados que corresponden a los diferentes momentos de la conciencia política colectiva, tal como se manifestaron hasta ahora en la historia. El primero y más elemental es el económico-corporativo: un comerciante siente que debe ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etc., pero el comerciante no se siente aún solidario con el fabricante; o sea, es sentida la unidad homogénea del grupo profesional y el deber de organizarla, pero no se siente aún la unidad con el grupo social más vasto Un segundo momento es aquél donde se logra la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía en el campo meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de lograr una igualdad política-jurídica con los grupos dominantes, ya que se reivindica el derecho a participar en la legislación y en la administración y hasta de modificarla, de reformarla, pero en los marcos fundamentales existentes. Un tercer momento es aquel donde se logra la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación, de un grupo puramente económico y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, que señala el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en la cual las ideologías ya existentes se transforman en "partido", se confrontan y entran en lucha, hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social; determinando además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha, no sobre un plano corporativo, sino sobre un plano "universal" y creando así la hegemonía, de un grupo social fundamental, sobre una serie de grupos subordinados. El estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías "nacionales". El grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley), entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados; equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés

económico-corporativo.

En la historia real estos momentos se influyen recíprocamente, en forma horizontal y vertical, por así expresarlo, vale decir: según las actividades económicas sociales (horizontales) y según los territorios (verticales), combinándose y escindiéndose de diversas maneras; cada una de estas combinaciones puede ser representada por su propia expresión organizada, económica y política. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que estas relaciones internas, de un Estado-Nación se confunden con las relaciones internacionales, creando nuevas combinaciones originales e históricamente concretas Una ideología, nacida en un país muy desarrollado, se difunde en países menos desarrollados, incidiendo en el juego local de las combinaciones [4].

Esta relación entre fuerzas internacionales y fuerzas nacionales se complica aún más por la existencia en el interior de cada Estado de muchas secciones territoriales de estructuras diferentes y de relaciones de fuerza también diferentes en todos los grados [...].

3) El tercer momento es el de la relación de las **fuerzas militares**, inmediatamente decisivo según las circunstancias. (El desarrollo histórico oscila continuamente entre el primer y el tercer momento, con la mediación del segundo).

Pero éste no es un momento de carácter indistinto e identificable inmediatamente en forma esquemática, también en él se pueden distinguir dos grados: uno militar en sentido estricto, o **técnico-militar** y otro que puede denominarse **político-militar**. En el curso del desarrollo histórico estos dos grados se presentaron en una gran variedad de combinaciones.

Un ejemplo típico, que puede servir como demostración-límite, es el de la relación de opresión militar de un Estado sobre una nación que trata de lograr su independencia estatal. La relación no es puramente militar, sino político-militar; y en efecto un tipo tal de opresión sería inexplicable sin el estado de disgregación social del pueblo oprimido y la pasividad de su mayoría; por lo tanto la independencia no podrá ser lograda con fuerzas puramente militares, sino militares y político-militares. En efecto, si la nación oprimida, para iniciar la lucha por la independencia, tuviese que esperar que el Estado hegemónico le permita organizar un ejército propio, en el sentido estricto y técnico de la palabra, tendría que esperar bastante (puede ocurrir que la reivindicación de un ejército propio sea satisfecha por la nación hegemónica, pero esto significa que una gran parte de la lucha ya ha sido desarrollada y vencida en el terreno político-militar). La nación oprimida, por lo tanto, opondrá inicialmente a la fuerza militar hegemónica una fuerza que será sólo "política-militar", o sea, una forma de acción política que posea la virtud de determinar reflejos de carácter militar en el sentido: 1) de que sea eficiente para disgregar íntimamente la eficacia bélica de la nación hegemónica; 2) que obligue a la fuerza militar hegemónica a diluirse y

dispersarse en un gran territorio, anulando en gran parte su capacidad bélica. [...]

Otra cuestión ligada a las precedentes es la de determinar si las crisis históricas fundamentales son provocadas inmediatamente por las crisis económicas. La respuesta a la cuestión está contenida en forma implícita en los parágrafos precedentes, donde se tratan cuestiones que no son más que otra manera de presentar las que tratamos ahora aquí. Sin embargo, es siempre necesario por razones didácticas, dado el público a las que están dirigidas, examinar toda forma de presentarse, de una misma cuestión, como si fuese un problema independiente y nuevo. Se puede excluir que las crisis económicas produzcan, por sí mismas, acontecimientos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal. Por otro lado, todas las afirmaciones que conciernen a los períodos de crisis o de prosperidad pueden dar lugar a juicios unilaterales. [...] La cuestión particular del malestar o bienestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto parcial de la cuestión de las relaciones de fuerzas en sus diversos grados. Pueden producirse novedades tanto porque una situación de bienestar está amenazada por el egoísmo mezquino de un grupo adversario, como porque el malestar se ha hecho intolerable y no se vislumbra en la vieja sociedad ninguna tuerza que sea capaz de mitigarlo y de restablecer una normalidad a través de medios legales. Se puede decir por lo tanto, que todos estos elementos son la manifestación concreta de las fluctuaciones de coyuntura del conjunto de las relaciones sociales de fuerzas, sobre cuyo terreno adviene el pasaje de éstas a relaciones políticas de fuerzas para culminar en la relación militar decisiva.

Si falta este proceso de desarrollo que permite pasar de un momento al otro, y si es esencialmente un proceso que tiene por actores a los hombres y su voluntad y su capacidad, la situación permanece sin cambios, y pueden darse conclusiones contradictorias. La vieja sociedad resiste y se asegura un período de "respiro", exterminando físicamente a la elite adversaria y aterrorizando a las masas de reserva; o bien ocurre la destrucción recíproca de las fuerzas en conflicto con la instauración de la paz de los cementerios y, en el peor de los casos, bajo la vigilancia de un centinela extranjero.

Pero la observación más importante a plantear, a propósito de todo análisis concreto de las relaciones de fuerzas, es la siguiente: que tales análisis no pueden y no deben convertirse en fines en sí mismos (a menos que se escriba un capítulo de historia del pasado) y que adquieren un significado sólo en cuanto sirven para señalar la justeza de una acción práctica, una iniciativa de voluntad. Ellos muestran cuáles son los puntos de menor resistencia donde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada de manera más fructífera, sug-

ieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede lanzar mejor una campaña de agitación política, qué lenguaje será el mejor comprendido por las multitudes, etc.

**El elemento decisivo de toda situación** es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde largo tiempo, que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable (y es favorable sólo en la medida en que una fuerza tal existe y esté impregnada de ardor combativo). Es por ello una tarea esencial la de velar sistemática y pacientemente por formar, desarrollar y tornar cada vez más homogénea, compacta y consciente de sí misma a esta fuerza. Esto se ve en la historia militar y en el cuidado con que en todas las épocas fueron predispuestos los ejércitos para iniciar una guerra en cualquier momento. Los grandes Estados han llegado a serlo precisamente porque en todos los momentos estaban preparados para insertarse eficazmente en las coyunturas internacionales favorables y éstas eran tales porque ofrecían la posibilidad concreta de insertarse con eficacia en ellas.

**Notas :**

[1] "Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia, hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo nacen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización". (MARX, Prólogo a la Crítica de la Economía Política).

[2] Demostración que en última instancia se logra y es "verdadera" si se transforma en una nueva realidad, es decir, si las fuerzas antagónicas triunfan; pero que en lo inmediato se desarrolla en una serie de polémicas ideológicas, religiosas, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., cuyo carácter concreto es valorable en la medida en que son convincentes y modifican la anterior disposición de las fuerzas sociales.

[3] El hecho de no haber considerado el elemento inmediato de las "relaciones de fuerza" está vinculado a. residuos de la concepción liberal vulgar, de la cual el sindicalismo es una manifestación que creía ser más avanzada cuando en la realidad daba un paso atrás. En efecto, la concepción liberal vulgar, dando importancia

a la relación de las fuerzas políticas, organizadas en las diversas formas de partido (lectores de periódicos, elecciones parlamentarias y locales, organizaciones de masa de los partidos y de los sindicatos en sentido estricto), era más avanzada que el sindicalismo que daba una importancia primordial a la relación fundamental económica-social y sólo a ésta. La concepción liberal vulgar tenía, en cuenta también, en forma implícita, tales relaciones (como tantos elementos lo demuestran) pero insistía sobre todo en la relación de las fuerzas políticas, que eran una expresión de las otras y que en realidad las contenían. Estos residuos de la concepción liberal vulgar se pueden hallar en toda una serie de exposiciones que se dicen ligadas a la filosofía de la praxis y que facilitaron el desarrollo de formas infantiles de optimismo y de necedad.

[4] La religión, por ejemplo, ha sido siempre una fuente para tales combinaciones ideológicas-políticas nacionales o internacionales, y con la religión las otras formaciones internacionales, la masonería, el Rotary Club, los Judíos, la diplomacia de carrera, que sugieren expedientes políticos de diversos orígenes históricos y los hacen triunfar en determinados países, funcionando como partido político internacional que opera en cada nación con todas sus fuerzas internacionales concentradas. Religión, masonería, Rotary, Judíos, etc., pueden entrar en la categoría social de los "intelectuales", cuya función, en escala internacional, es la de mediar los extremos, de "socializar" los expedientes técnicos que hacen funcionar toda actividad de dirección, de encontrar los compromisos y los medios de escapar a las soluciones extremas.

# Lucha política y guerra militar.

Antonio Gramsci.

En la **guerra militar,** logrado el fin estratégico, destrucción del ejército enemigo y ocupación de su territorio, se da la paz. Es preciso señalar, por otro lado, que para que concluya la guerra basta con que el fin estratégico sea alcanzado sólo potencialmente; o sea, basta con que no exista duda de que un ejército no puede combatir más y que el ejército victorioso "puede" ocupar el territorio enemigo. La **lucha política** es enormemente más compleja. En cierto sentido puede ser parangonada con las guerras coloniales o con las viejas guerras de conquista, cuando el ejército victorioso ocupa o se propone ocupar en forma estable todo o una parte del territorio conquistado. Entonces, el ejército vencido es desarmado y dispersado, pero la lucha continúa en el terreno político y en el de la "preparación" militar.

Así, **la lucha política de la India contra los ingleses** (y en cierta medida de Alemania contra Francia o de Hungría contra la Pequeña Entente) **conoce tres formas de guerras: de movimiento, de posición y subterránea.** La resistencia pasiva de Gandhi es una guerra de posición, que en algunos momentos se convierte en guerra de movimiento y en otros en guerra subterránea: el boicot es guerra de posición, las huelgas son guerra de movimiento, la preparación clandestina de armas y de elementos combativos de asalto es guerra subterránea. Hay una forma de "arditismo"[1], pero es empleada con mucha ponderación. Si los ingleses tuviesen la convicción de que se prepara un gran movimiento insurreccional destinado a destruir su actual superioridad estratégica (que consiste, en cierto sentido, en su posibilidad de maniobrar a través de líneas interiores y de concentrar sus fuerzas en el punto "esporádicamente" más peligroso) con el ahogamiento de masa (es decir, constriñéndolos a diluir sus fuerzas en un teatro bélico generalizado en forma simultánea) les convendría provocar la salida prematura de las fuerzas combatientes indias para identificarlas y decapitar el movimiento general. Así, a Francia le convendría que la Derecha nacionalista alemana fuese envuelta en un golpe de Estado aventurado que impulsara a la pre-

sunta organización militar ilegal a manifestarse prematuramente, permitiendo una intervención afortunada desde el punto de vista francés. He aquí por qué en estas formas mixtas de lucha, cuyo carácter militar es fundamental y el carácter político preponderante (toda lucha política tiene siempre un sustrato militar), el empleo de los "arditi" demanda un desarrollo táctico original, para cuya concepción la experiencia de guerra sólo puede dar un estímulo y no un modelo.

[...] La relación existente en 1917-18 entre las formaciones de "arditi" y el ejército en su conjunto puede conducir y condujo ya a los dirigentes políticos a erróneas formulaciones en sus planes de lucha. Se olvida: 1) que los "arditi" son simples formaciones tácticas que presuponen un ejército poco eficiente, aunque no inerte por completo, puesto que si la disciplina y el espíritu militar se relajaron hasta aconsejar una nueva disposición táctica, a pesar de todo existen en cierta medida, y, en correspondencia con ella, se da justamente la nueva formación táctica; de otra manera se produciría inevitablemente la derrota y la fuga; 2) que es preciso no considerar al "arditismo" como un signo de la combatividad general de la masa militar, sino por el contrario, cono un signo de su pasividad y de su relativa desmoralización. Esto sea dicho manteniendo implícito el criterio general de que los parangones entre el arte militar y la política deben ser establecidos siempre cum grano salis, es decir sólo como estímulos para el pensamiento y como términos de simplificación ad absurdum [al absurdo]. En efecto, en la militancia política falta la sanción penal implacable para quien yerra o no obedece exactamente, falta la ley marcial, sin contar con el hecho de que la disposición de las fuerzas políticas no es ni de lejos comparable al encuadramiento militar. [...]

Otro elemento digno de tenerse presente es el siguiente: en la lucha política es preciso no imitar los métodos de lucha de las clases dominantes, para no caer en fáciles emboscadas. En las luchas actuales este fenómeno se verifica con mucha frecuencia. Una organización estatal debilitada es como un ejército que ha perdido todo su vigor; entran en el campo los "arditi", o sea, las organizaciones armadas privadas que tienen dos objetivos: hacer uso de la ilegalidad, mientras el Estado parece permanecer en la legalidad, como medio de reorganizar al mismo Estado. Creer que a la actividad privada ilegal se puede contraponer otra actividad similar, es decir, combatir el arditismo con el arditismo es algo estúpido; significa creer que el Estado permanecerá siempre inerte, lo cual no ocurre jamás, al margen de las otras condiciones diferentes. El carácter de clase lleva a una diferencia fundamental: una clase que debe trabajar todos los días con horario fijo no puede tener organizaciones de asalto permanentes y especializadas como una clase que tiene amplias disponibilidades financieras y no está ligada, con todos sus miembros, a un horario fijo. A cualquier hora del día y de

la noche, estas organizaciones convertidas en profesionales, pueden descargar golpes decisivos y utilizar la sorpresa. La táctica de los "arditi" no puede tener por lo tanto la misma importancia para una clase que para otra. Para ciertas clases es necesaria, porque le es propia, la guerra de movimiento y de maniobra que, en el caso de la lucha política, puede combinar con un útil y hasta indispensable uso de la táctica de los "arditi". Pero fijarse en un modelo militar es una tontería: la política debe ser, también aquí, superior a la parte militar. Sólo la política crea la posibilidad de la maniobra y del movimiento.

De todo lo dicho se advierte que en el fenómeno del arditismo militar es preciso distinguir entre función técnica de arma especial ligada a la moderna guerra de posición y función político-militar: como función de arma especial el arditismo existió en todos los ejércitos que participaron en la guerra mundial; como función político-militar existió en los países que tenían como expresión un ejército nacional poco combativo y un Estado Mayor burocratizado y fosilizado en la carrera.

**A propósito de la comparación entre los conceptos de guerra de maniobra y guerra de posición** en el arte militar y los conceptos correspondientes en el arte político, debe recordarse el folleto de Rosa [Luxemburgo] [2] [...].

En el folleto se teorizan un poco apresuradamente y en forma superficial las experiencias históricas de 1905. En efecto, Rosa descuidó los elementos "voluntarios" y organizativos que en aquellos acontecimientos eran mucho más eficientes y numerosos de lo que ella creía, víctima de un cierto prejuicio "economista" y espontaneista. Sin embargo este folleto (y otros escritos de la misma autora) es uno de los documentos más significativos de la teorización de la guerra de maniobra aplicada al arte político. El elemento económico inmediato (crisis, etc.) es considerado como la artillería de campaña que, en la guerra, abre una brecha en la defensa enemiga, brecha suficiente como para que las tropas propias irrumpan y obtengan un éxito definitivo (estratégico) o al menos importante en la dirección de la línea estratégica. Naturalmente, en la ciencia histórica, la eficacia del elemento económico inmediato es considerada como mucho más complejo que el de la artillería pesada en la guerra de maniobra, ya que este elemento era concebido como causante de un triple efecto:

1) de abrir una brecha en la defensa enemiga, luego de haber llevado la confusión a los cuadros adversarios, abatida su confianza en sí mismos, en sus fuerzas y en su porvenir:

2) de organizar con una rapidez fulminante las propias tropas, de crear sus cuadros, o al menos de ubicar con una celeridad fulminante los cuadros existentes (elaborados hasta entonces por el proceso histórico general) en su puesto de encuadre de las tropas diseminadas;

3) de crear en forma instantánea la concentración ideológica de la identidad de los fines a alcanzar. Era una forma de férreo determinismo economista, con el agravante de que los efectos eran concebidos inmediatos en el tiempo y en el espacio; se trataba por ello de un verdadero misticismo histórico, de la espera de una especie de destello milagroso.

La observación del general Krasnov (en su novela) de que la Entente (que no quería una victoria de la Rusia imperial para que no fuese resuelta definitivamente a favor del zarismo la cuestión oriental) impuso al Estado Mayor ruso la guerra de trinchera (absurda dado el enorme desarrollo del frente del Báltico al mar Negro, con grandes zonas palúdicas y boscosas) mientras que la única posible era la guerra de maniobra, es una tontería. El ejército ruso en realidad intentó la guerra de maniobra y de profundización, especialmente en el sector austriaco (pero también en la Prusia Oriental) y obtuvo éxitos brillantísimos, aún cuando fueron efímeros. La verdad es que **no se puede escoger la forma de guerra que se desea**, a menos de tener súbitamente una superioridad abrumadora sobre el enemigo, y sabido es cuantas pérdidas costó la obstinación de los Estados Mayores en no querer reconocer que la guerra de posición era "impuesta" por las relaciones generales de las fuerzas que se enfrentaban. La guerra de posición, en efecto, no está constituida sólo por las trincheras propiamente dichas, sino por todo el sistema organizativo e industrial del territorio que está ubicado a espaldas del ejército: y ella es impuesta sobre todo por el tiro rápido de los cañones, por las ametralladoras, los fusiles, la concentración de las armas en un determinado punto y además por la abundancia del reavituallamiento que permite sustituir en forma rápida el material perdido luego de un avance o de un retroceso. Otro elemento es la gran masa de hombres que constituyen las fuerzas desplegadas, de valor muy desigual y que justamente sólo pueden operar como masa. [...] Los mismos técnicos militares que ahora se atienen fijamente a la guerra de posición como antes se atenían a la guerra de maniobra, no sostienen por cierto que el tipo precedente debe ser suprimido de la ciencia; sino que en las guerras entre los **Estados más avanzados industrial y civilmente**, se debe considerar a ese tipo como reducido a una función **táctica** más que **estratégica**, se lo debe considerar en la misma posición en que se encontraba, en una época anterior, la guerra de asedio con relación a la de maniobra.

La misma reducción debe ser realizada en el arte y la ciencia política, al menos en lo que respecta a los Estados más avanzados, donde la "sociedad civil" se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de las trincheras en la guerra moderna. Así como en ésta ocurría que un encarnizado ataque de la artillería parecía haber destruido

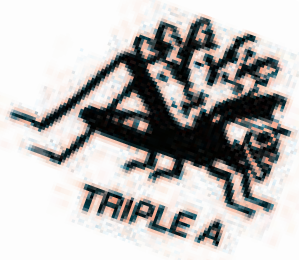
todo el sistema defensivo adversario, pero sólo había destruido la superficie externa y en el momento del ataque y del avance los asaltantes se encontraban frente a una línea defensiva todavía eficiente, así también ocurre lo mismo en la política, durante las grandes crisis económicas. Ni las tropas asaltantes, por efectos de las crisis, se organizan en forma fulminante en el tiempo y el espacio, ni mucho menos adquieren un espíritu agresivo; recíprocamente, los asaltados no se desmoralizan ni abandonan la defensa, aún entre los escombros, ni pierden la confianza en las propias fuerzas ni en su porvenir. Las cosas, por cierto, no permanecen tal cual eran, pero es verdad que llegan a faltar los elementos de rapidez, de ritmo acelerado, de marcha progresista definitiva que esperaban encontrar los estrategas del cadornismo político.

El último hecho de este tipo en la historia de la política se encuentra en los acontecimientos de 1917. Ellos señalaron un cambio decisivo en la historia del arte y de la ciencia de la política. Se trata por consiguiente de estudiar con "profundidad" cuáles son los elementos de la sociedad civil que corresponden a los sistemas de defensa en la guerra de posición. Se dice con "profundidad" intencionadamente, ya que ellos fueron estudiados pero desde puntos de vista superficiales y banales, tal como ciertos historiadores de costumbres estudian las rarezas de la moda femenina desde un punto de vista "racionalista", es decir, persuadidos de que a ciertos fenómenos se los destruye tan sólo con explicarlos en forma "realista", como si fuesen supersticiones populares (que por otro lado tampoco se destruyen con el hecho de explicarlas). [...]

**Notas:**

[1] Durante la guerra mundial (1915 -1918) se denominó "arditi" a los grupos de elite especializados en las acciones rápidas y peligrosas, separados de la tropa por insignias diferentes y un régimen particular. (N. del T.).

[2] Rosa Luxemburgo, Lo sciopero generale - Il partito e i sindicati, Societá Editrice "Avanti!", Milán 1919. (N. de la R.)



**INTERNACIONAL: 1970:** Salvador Allende de la "Unidad Popular" presidente de Chile. **1971:** Golpe militar de Banzer en Bolivia. **1973: GOLPE MILITAR DE PINOCHET,** Allende muere peleando. **1974:** En E.U. Nixon renuncia, asume Ford. "Revolución de los claveles" en Portugal. **1975:** Finaliza guerra de Vietnam con la huída del ejército de E.U. Muere Franco. **1976:** Muere Mao Tse Tung. En E.U. Carter presidente. **1977:** 1º elección libre de los últimos 40 años en España. **1979:** Margaret Thatcher primer ministro en Inglaterra. Revolución islámica en Irán derroca al Sha. **REVOLUCIÓN SANDINISTA** derroca al dictador Somoza.

**NACIONAL: 1970:** Asesinato del golpista Aramburu, primera aparición pública de Montoneros. Se crea el E.R.P (Ejército Revolucionario del Pueblo). Levingston presidente de facto. Aparecen grupos armados derechistas y parapoliciales. **1971:** Lanusse presidente de facto. **1972: PERÓN REGRESA AL PAÍS TRAS 17 AÑOS DE EXILIO**. Fusilan a 16 presos políticos en Trelew. **1973:** Cámpora gana la presidencia. Perón regresa de España y en Ezeiza se produce una masacre. La fórmula Perón-Perón gana la presidencia. Comienza a operar la Triple A. **1974:** Muere J.D Perón. Asume la presidencia su esposa Isabel y firma el decreto de "aniquilación de la subversión". **1975:** El Plan Cóndor coordina la represión a nivel regional. Aumenta el número de asesinatos por la acción policial y parapolicial. **1976:** Golpe militar derroca a Isabel Perón, **ASUME UNA JUNTA INTEGRADA POR MASSERA, AGOSTI Y VIDELA. PLAN ECÓNOMICO DE MARTÍNEZ DE HOZ. 1977:** Denuncias nacionales e internacionales por violación de los derechos humanos y desapariciones. **1978:** La inflación es del 169,8%. Mundial de fútbol. Conflicto con Chile por el canal de Beagle. **1979:** Las "Madres de Plaza de Mayo" comienzan las rondas reclamando la aparición con vida.

**'70s**

**INTERNACIONAL: 1960:** Descolonizaciones en África. John F. Kennedy presidente de E.U. **1961:** Lumumba es asesinado. Se construye el Muro de Berlín. E.U. y Cuba rompen relaciones. Alianza para las Américas. **1963:** J.F. Kennedy es asesinado. **1964:** Golpe militar en Brasil depone a Goulart dando inicio a un período de 20 años de dictaduras. **1965:** Malcolm X es asesinado. **1966:** "Revolución cultural" en China. **1967: ERNESTO "CHE" GUEVARA ASESINADO EN BOLIVIA.** Surge el movimiento de sacerdotes para el tercer mundo. **1968:** Primavera de Praga. Mayo francés. Martin Luther King asesinado. Richard Nixon presidente de E.U. **1969:** Gira latinoamericana de Rockefeller.

**NACIONAL: 1959:** Las 62 organizaciones peronistas se unen a los 19 gremios comunistas para oponerse al gobierno de Frondizi, luego que éste traicionara el pacto con Perón que le permitió ganar las elecciones. **1960:** Proscripción de peronistas y comunistas. **1962:** Golpe militar que destituye a Frondizi. Continúan las huelgas y la agitación laboral. **1963:** El radical Arturo Illia es electo presidente con la abstención del peronismo. **1964:** Se declara la emergencia económica, 1200 fábricas son ocupadas. **1966: GOLPE MILITAR DE ONGANÍA. 1969:** Agitación obrera y estudiantil, pueblaadas en el interior.

**'60s**

# II. Una lectura del período.

**El siguiente texto, escrito por Adolfo Gilly, presenta una apretada síntesis del devenir histórico en el período de crísis de dominación que atraviesa la clase capitalista en la Argentina entre los años 1969 y 1975. Este artículo se encuentra en el libro** *El Estado en América Latina: teoría y práctica*. México, D.F., Siglo Veintiuno, 1990.

# LA ANOMALÍA ARGENTINA (ESTADO, CORPORACIONES Y TRABAJADORES) *

ADOLFO GILLY

1. Por su magnitud, su selectividad y su tecnificación, el nivel de la represión ejercida por la dictadura de las fuerzas armadas argentinas entre 1976 y 1983 supera cualitativamente todos los antecedentes conocidos en el país y en América Latina.[1] Esta locura homicida ejercida sistemáticamente desde el poder del Estado no puede explicarse, dado su carácter institucional, duradero, planificado y metódico, por los "excesos" de algunos jefes militares, por los rasgos psicológicos o por las cualidades intrínsecas de la función militar. Ella está indicando un *tipo específico de crisis* en el Estado que la engendra, que lo conduce a violar sus propias y severísimas leyes represivas y a volverse institucionalmente patrocinador, organizador y, finalmente, monopolizador de la "violencia ilegítima", clandestina, ilimitada, hasta tocar las fronteras donde comienzan los síntomas de descomposición y de autodestrucción de los organismos y los individuos que son sus portadores.[2]

En lo que sigue trataré de indagar en los orígenes, el desenvolvimiento y las derivaciones de esta crisis, para poder acercarme a una caracterización de su especificidad, a una determinación de su grado de permanencia y a una explicación de la racionalidad de comportamientos en apariencia irracionales y aberrantes por parte de individuos y organismos que concentran el poder del Estado y su representación ante la sociedad.

2. Constituida la nación tempranamente sobre la base del predominio indiscutido de las relaciones de producción capitalistas; con una alta tasa potencial de acumulación debida a su inserción específica como poderoso agroexportador en el mercado mundial dominado por el imperialismo británico y a la relativa homogeneidad inicial de su clase dominante, la burguesía agraria o burguesía pampeana; con una fuerza de trabajo urbana (y aun rural) provista fundamentalmente por inmigrantes y por trabajo asalariado; sin importantes

* Una versión más extensa de este trabajo fue presentada por el autor en el "Seminario sobre la Teoría del Estado en América Latina", realizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México en febrero de 1984.

1 Entre la literatura sobre el tema posterior al restablecimiento del régimen constitucional en Argentina, destacan *Nunca Más*, informe de la Comisión Nacional sobre el Desaparecimiento de Personas, presididas por Ernesto Sábato, y el relato novelado de Miguel Bonasso, *Recuerdo de la muerte*, México, Era, 1984.

2 Sobre la desintegración interior del ejército, me refiero en "El informe Sábato: cómo se destruyó la moral de un ejército", en *Proceso*, México, 28 de enero de 1985.

resabios precapitalistas en su economía y en sus relaciones sociales, la sociedad argentina conoció rápidamente, desde la formación del Estado moderno y su consolidación en los años ochenta del siglo XIX, una nítida definición de clases y una centralidad manifiesta y visible para la propia sociedad del enfrentamiento entre capital y trabajo.

Esta centralidad se presenta no sólo en las huelgas obreras de las dos últimas décadas del siglo pasado, en la temprana aparición de un partido obrero de clase, el Partido Socialista, fundado en 1896, y en la multiplicación de las organizaciones y los periódicos anarquistas, sino también en la igualmente temprana aparición de la huelga general como cuestionamiento objetivo y global de la clase obrera al Estado en cuanto "relación social y aparato institucional".[3] Los trabajadores argentinos realizan su primera huelga general en 1902[4] y desde entonces este método de lucha y esta forma de organización de su conciencia colectiva no desaparece más de la sociedad argentina y del conjunto de relaciones sociales en que se funda y que son normadas por el Estado

[3] "Dentro de este proceso de construcción social, la formación del Estado nacional supone a la vez la conformación de la instancia política que articula la dominación en la sociedad y la materialización de esa instancia en un conjunto interdependiente de instituciones que permiten su ejercicio. La existencia del Estado se verificaría entonces a partir del desarrollo de un conjunto de atributos que definen la 'estadidad' —la condición de 'ser Estado'—, es decir, el surgimiento de una instancia de organización del poder y del ejercicio de la dominación política. El Estado es, de este modo, relación social y aparato institucional." Oscar Oszlak, *La formación del Estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, p. 15. En el prólogo a esta obra el autor recuerda que en este período formativo del Estado argentino "se estaban conformando, influyéndose mutuamente en su despliegue histórico, un sistema de producción, un mercado, una estructura de clases y un Estado nacional".

Por otra parte, el Estado argentino se constituye tempranamente como una relación social específica, una relación del capital. Conviene recordar aquí esta observación de John Holloway y Sol Picciotto en "Capital, crisis y Estado", en *Estudios Políticos*, núm. 2, vol. 3, México, abril-junio de 1954: "El problema no es simplemente colocar al Estado en el contexto de la relación entre las clases dominantes y dominadas, sino colocarlo en el contexto de la forma histórica tomada por aquella relación en la sociedad capitalista, la relación del capital. Por consiguiente, los puntos de partida para una teoría del Estado no deben radicar en la especificidad de lo político ni en el predominio de lo económico, sino en la categoría materialista histórica de la relación del capital."

[4] José Panettieri, *Los trabajadores*, Centro Editor de América Latina, 1982 (primera edición, 1966), p. 147. En el mismo volumen (p. 138), aparece la siguiente resolución adoptada por el cuarto congreso de la Unión General de Trabajadores, de orientación sindicalista, reunido en Buenos Aires en diciembre de 1906:

"Considerando: que la huelga general es un arma genuinamente obrera y la más eficaz para la defensa y ataque en favor de sus propios intereses, y en detrimento de la burguesía, por cuanto va a herirla en la base fundamental de sus dominios, o sea su preeminencia en el campo de la producción.

"Que ella tiene la virtud, como ninguna otra arma, de colocar frente a frente las clases en pugna provocando una situación de hecho que revela en la forma más evidente a los trabajadores el profundo antagonismo de intereses que dividen a las mismas.

"Que la huelga general robustece el espíritu de lucha acrecentando la conciencia y fortaleciendo la organización obrera.

"Por todas estas consideraciones, el IV Congreso declara que la huelga general es un arma superiormente eficaz, y aconseja al proletariado capacitarse y ejercerla, no debiendo ponérsele límite de ninguna clase, pues ella debe surgir espontáneamente en los momentos y circunstancias que sea requerida."

en cuanto específico marco de la relación de dominación-subordinación en dicha sociedad.[5]

En la organización de la nación y del Estado y la constitución de su clase dominante —la burguesía pampeana, los dueños de la tierra—, el ejército argentino tuvo un papel determinante: con la "conquista del desierto", nombre que tomó la guerra de exterminio contra las poblaciones indígenas de la pampa y el apoderamiento de esas tierras, fuente de una de las más fabulosas rentas agrarias concebibles, por los miembros de la clase dominante en consolidación, ese ejército contribuyó a engendrar a ésta a partir de la reconversión de la burguesía comercial-portuaria de Buenos Aires y a echar las bases de su renovada hegemonía sobre las fracciones de terratenientes y burgueses en formación del interior del país. Con el desarrollo de la industria en Buenos Aires y la extensión de las relaciones salariales en la producción agropecuaria y en particular en las grandes extensiones ganaderas, ese ejército recicló naturalmente su función y pasó de la guerra de exterminio contra los indígenas a la represión directa de los movimientos y huelgas de los asalariados.[6] Uno de sus momentos culminantes fue la masacre de la manifestación obrera del 1º de mayo

[5] "La huelga general es un pasaje obligado y decisivo en la formación de la conciencia de clase, porque es el paso de los movimientos por el precio de la fuerza de trabajo dentro de la organización social capitalista hacia la contraposición como *clase en conjunto* a dicha organización y a su Estado." Adolfo Gilly, *Por todos los caminos/I*, México, Nueva Imagen, 1983, p. 272. Sobre la relación de dominación-subordinación y sus normas me refiero en mi ensayo "La historia como crítica o como discurso del poder", en Carlos Pereyra y otros, *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, p. 195.

[6] Al referirse a las guerras civiles en las cuales se constituyó la inicial configuración de clases dominantes en el Estado argentino. Oscar Oszlak (*op. cit.*, p. 256) cierra su libro con el párrafo siguiente: "Hay un sino trágico en este proceso formativo. 'La guerra hizo al Estado y el Estado hizo la guerra'. La 'unión nacional' se construyó sobre la desunión y el enfrentamiento de pueblos y banderas políticas. La unidad nacional fue siempre el precio de la derrota de unos y la consagración de privilegios de otros. Y el Estado nacional, símbolo institucional de esa unidad, representó el medio de rutinizar la dominación impuesta por las armas".

Sobre la guerra de exterminio contra los indios —David Viñas y César Fernández Moreno, "Une chronologie et quatorze notes à propos de l'Argentine", en *Les Temps Modernes*, núm. 420-421, París, julio-agosto de 1981 (número especial: "Argentine entre populisme et militarisme")— escribe David Viñas que ella puede inscribirse en una sincronía latinoamericana que va de la eliminación de los indios yaquis de Sonora, en México, bajo Porfirio Díaz, a la persecución de los mayas entre la dictadura guatemalteca de Justo Rufino Barrios (1871-1885) y la tiranía de Estrada Cabrera (1898-1920), pasa por la sujeción implacable de los indios de la Amazonia colombiana en la época de la "guerra de los mil días" (1899-1902), conoce la aniquilación de la región brasileña de Canudos que se realizó durante la *republica celha* de los mariscales brasileños Da Fonseca y Peixoto, y llega la derrota del cacique Wilka ante el ejército boliviano y la 'pacificación' de los araucanos en el sur de Chile que se debe al coronel Cornelio Saavedra y a sus lugartenientes". Viñas anota también que "no encontramos en ninguno de los textos que organizan el conjunto de la 'conquista del Desierto' ninguna vacilación en considerar a los indios como los enemigos por excelencia, culpables e ineluctablemente condenados". Véase también Carlos Alberto Brocato, "Golpismo y militarismo en Argentina", *Cuadernos del Sur*, núm. 1, Buenos Aires, Tierra del Fuego, enero-marzo de 1985. Sobre ejército y política, véase Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en Argentina*, 2 vols., Buenos Aires, Emecé, 1981-1982 y Osvaldo Bayer, "Armee argentine", en el número citado de *Les Temps Modernes*.

de 1909, con ocho obreros muertos y cuarenta heridos, respondida con una huelga general que se extendió durante una semana entera.[7]

Sería esquemático y unilateral reducir el papel del ejército argentino a esa función decisiva en los orígenes de la acumulación originaria y en la preservación de las relaciones de dominación y acumulación capitalistas (del proceso de valoración del capital) sin considerar la complejidad de sus otras determinaciones en las relaciones y conflictos entre las diversas fracciones de la clase dominante y sus relaciones con los dominados. Pero también lo sería pasar por alto la rigurosa continuidad entre esos orígenes y la formación de su conciencia, tradición y pensamiento de casta y de corporación determinante en cada período del Estado y de la sociedad argentina.

Una similar continuidad en sus tradiciones y sus doctrinas manifiesta, por ejemplo, el ejército chileno desde, digamos, la matanza obrera de Santa María de Iquique a principios de siglo hasta el derrocamiento de Salvador Allende. Pero aquí entra esa importante determinación para el Estado y para el ejército que René Zavaleta denomina su *momento constitutivo*.[8] Y este ejército, si bien tuvo también su equivalente de la "conquista del desierto" argentina en la guerra contra los araucanos (mucho más dura y exigente para los militares chilenos que la que les tocó a los argentinos), registra como sus momentos constitutivos dos guerras victoriosas: la primera en 1839 contra la Confederación Peruano-Boliviana del mariscal Andrés de Santa Cruz; pero sobre todo la segunda, la Guerra del Pacífico o "guerra del salitre" en 1879 contra Perú y Bolivia, mediante la cual el Estado chileno terminó de constituir su espacio geoeconómico capitalista definitivo.[9] Si se excluye —con razón— la ingloriosa agresión contra Paraguay en la guerra de la Triple Alianza (1865),[10] ninguna

7 José Panettieri, *op. cit.*, pp. 154-157. El coronel Ramón Falcón, jefe de policía que ejecutó esta represión, fue muerto el 14 de noviembre de ese mismo año por la bomba de un joven obrero anarquista, Simón Radowitsky, quien años después participó en la primera época de la revolución rusa y en la revolución española de 1936. El coronel Ramón Falcón tiene un monumento en los "hermosos barrios" de Buenos Aires, frente a la Recoleta. El anarquista Radowitski todavía no tiene el suyo en los barrios obreros.

8 Véase René Zavaleta Mercado, "El Estado en América Latina", en *Cuadernos del Sur*, núm. 4, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1985.

9 "Si la guerra del Pacífico es la primera en que los capitalistas europeos (y en este caso en menor grado norteamericanos) toman abiertamente partido —en favor de Chile y contra la alianza peruboliviana—, la alegación de que el gobierno de Santiago es sólo el agente de sus intereses parece por lo menos exagerada: la conquista del norte salitrero significa una ventaja muy importante también para los sectores dominantes de la vida chilena" (Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 7a. ed., 1979, p. 217).

10 "Frente al Paraguay se levanta la Triple Alianza del Imperio, la Argentina y el Uruguay [...] La conquista iba a ser menos fácil que la distribución de los despojos; el heroísmo paraguayo asombró al mundo: a través de cinco años de guerra el país perdió a casi toda su población adulta masculina. [...] la Argentina mantenía una apariencia de unidad interna sólo gracias al arte político de Mitre, pero si éste había logrado neutralizar a Urquiza no había podido impedir la rebelión de los reclutas entrerrianos ni, luego de las primeras dificultades en la lucha, un alzamiento federal que conmovió a todo el interior (1866-1967)." Esta guerra fue así resistida con alzamientos y sublevaciones por una parte de los argentinos y con sus escritos por algunos de sus intelectuales, "De esa guerra —que le obligó a organizar un ejército de varias decenas de miles de hombres, reiteradamente diezmados por la guerra

victoria similar registra el ejército argentino entre sus momentos constitutivos, marcados por dos genocidios: la guerra del desierto y la guerra del Paraguay.

Es preciso aquí al menos mencionar, en la conformación del Estado argentino, la presencia de la otra institución corporativa que asegura, junto con el ejército, la continuidad y la estabilidad de la relación de dominación-subordinación en la sociedad argentina, la Iglesia católica. Dada la peculiar debilidad social de liberalismo argentino (cuyas raíces históricas no se examinarán aquí), sus representantes concilian tempranamente sus convicciones con la aceptación del catolicismo como religión oficial del Estado y como religión constitucionalmente obligatoria del presidente de la República (salvo el derecho constitucional a la libertad de cultos para los ciudadanos) y la aceptación de la preeminencia de los prelados de la Iglesia católica en dicho Estado. Esa preeminencia se observa hasta el día de hoy en el lugar destacado que ocupan la liturgia católica y sus obispos y cardenales en los actos oficiales del Estado argentino, o en el hecho singularmente anacrónico de que Argentina era hasta 1985 uno de los poquísimos países "occidentales" que no reconocía el divorcio en sus leyes civiles. Esta abdicación del liberalismo argentino hizo que, también tempranamente, los portadores del anticlericalismo no fueran los burgueses liberales sino los artesanos, intelectuales y obreros anarquistas y socialistas.

La corporación eclesiástica, estrechamente unida a la oligarquía terrateniente, estableció una perdurable alianza, casi simbiótica, con la corporación militar, proveyó sus capellanes a las fuerzas armadas y amparó ideológicamente sus empresas. La degradación final de esta función se cumplió durante la dictadura militar de 1976-1983, en la cobertura y la complicidad de la jerarquía de la Iglesia con los desaparecimientos y la tortura y hasta en la participación directa en esta última de algunos sacerdotes católicos (junto con el asesinato de otros por las fuerzas de la dictadura: pero estos sacerdotes ultimados fueron los marginales, mientras la alta jerarquía eclesiástica se alineó sin vacilar con las fuerzas represoras).

3. Desde la conformación del Estado Nacional, una clase conquista y mantiene una duradera centralidad entre los dominadores en la formación económico-social argentina: la gran burguesía agraria, o burguesía pampeana, u oligarquía terrateniente, cuyo ascenso y consolidación coinciden con su imbricación con la hegemonía del imperialismo británico en el mercado mundial. Este sector social, pese a todos los avatares políticos e institucionales posteriores y al ocaso de la hegemonía de sus grandes socios extranjeros iniciales (los británicos, aquellos con los cuales se sentía por intereses, por formación, por educación y por gustos casi una misma clase), ha logrado preservar esa centralidad

y las epidemias—, la Argentina salió deshecha y rehecha" (Tulio Halperin Donghi, *op. cit.*, pp. 247-248).

Osvaldo Bayer, *op. cit.*, escribe: "La guerra contra el Paraguay fue conducida como una expedición imperialista y no como una empresa de reivindicación o de liberación. Las motivaciones, los intereses ingleses defendidos, las conquistas obtenidas y el trato infligido al pueblo paraguayo presentan las mismas características que las guerras coloniales libradas por los países europeos o por Estados Unidos." Numerosos escritores y políticos de la izquierda socialista y nacionalista argentina comparten hoy esta opinión.

hasta nuestros días.[11] Ella se afirma tanto en el predominio de las relaciones salariales —es decir, capitalistas— a través de las cuales extrae el plusproducto de sus trabajadores, como en el control de la fantástica renta diferencial de la pampa húmeda. Las inversiones extranjeras, también predominantemente británicas, en ferrocarriles, electricidad, teléfonos, puertos, frigoríficos, complementan esa centralidad, mientras ya en la segunda década del siglo y sobre todo durante la primera guerra mundial una todavía débil burguesía industrial (en industrias de transformación para el mercado interno) y una pequeña burguesía urbana emergente, junto con la actividad de la clase obrera, ponen en cuestión la hegemonía gubernamental de los representantes políticos de aquella clase, los conservadores. Apoyado en esas fuerzas y en favor de esos cambios accede a la presidencia de la República en 1916 por primera vez el Partido Radical, con su caudillo histórico Hipólito Yrigoyen.

Pero llegar al gobierno, si bien permite introducir cambios en las políticas (aranceles, fomento industrial, salarios, formas de gestión de la fuerza de trabajo), no significa alterar la dominación central en el Estado, asentada tanto en la *juridicidad* y en la *judicatura* como en los lazos entre el alto personal burocrático del Estado y los dueños de la tierra (la *diplomacia* es sólo un caso de la perdurabilidad de esos lazos) y en la función invariada de las fuerzas armadas. La intervención directa de ejército y marina sigue siendo inmediatamente funcional —pese a la red de mediaciones políticas del populismo temprano yrigoyenista— al control de los asalariados, aun a costa de tener mayor autonomía con respecto a las políticas del gobierno que a las necesidades de las clases poseedoras en sus intervenciones en primera persona en los conflictos entre capital y trabajo. Las represiones sangrientas de las huelgas de la Semana de Enero de 1919 en Buenos Aires y de las huelgas de la Patagonia en 1921[12] son, entre muchos otros, episodios que ratifican esta constante durante los gobiernos radicales de 1916 a 1930, por debajo y a través de todas las mediaciones que presuponía el apoyo popular con que contaba Yrigoyen.

4. La crisis de 1929 crea las condiciones para que nuevamente la burguesía agraria, pese a ser minoritaria electoralmente, intente restablecer en el nivel del gobierno y del Estado la centralidad que no ha perdido en la economía ni en

11 Guillermo O'Donnell, *El Estado burocrático autoritario*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, pp. 224-225, subraya la perduración de esa centralidad al señalar dos diferencias del Estado argentino en la época del gobierno de Onganía (1966-1970) con respecto a otros gobiernos militares comparables: "Una es el grado relativamente alto de autonomía frente al Estado y las clases dominantes del sector popular (incluso, muy especialmente, de la clase obrera), ligado a un alto grado de activación política y capacidad organizacional, pero junto con orientaciones que, a través de sus principales canales —los sindicatos y el peronismo— se mantuvieron ideológicamente adentro de límites capitalistas [...] La segunda diferencia, también emergente de la especificidad de la estructura de clases argentina, es la extraordinaria centralidad de una burguesía agraria a la que en definitiva la gran burguesía, a pesar de haber parecido a punto de lograrlo, no pudo subordinar sus propios patrones de acumulación." Volveremos sobre esto más adelante.

12 Osvaldo Bayer, *La Patagonia rebelde*, México, Nueva Imagen, 1980, presenta un vívido relato de esta represión, cuya esencia ha podido ser trasladada con notable fidelidad a la película del mismo nombre.

la dominación de clase. Por primera vez desde la organización nacional el ejército interviene directamente para resolver en favor de los dueños de la tierra, con un golpe de Estado militar, no ya un enfrentamiento con los trabajadores sino un conflicto entre diferentes fracciones de las clases poseedoras. Con el golpe del general José Evaristo Uriburu, el 6 de septiembre de 1930, el ejército agrega a su función de garante último de la relación de dominación —la relación *vertical* entre dominadores y dominados en la sociedad capitalista— la función de árbitro en la relación *horizontal*, los conflictos políticos en el seno de los dominadores o clase dominante. Ya nunca más se retirará de esa función, en primer plano o tras bambalinas.

Esto tiene que ver con la *debilidad económica* relativa de la burguesía industrial dentro del bloque de las clases poseedoras, la *debilidad política* y la *fuerza económica y cultural* relativas de la burguesía agraria en el mismo bloque, más la *fuerza social* relativa de los trabajadores con respecto a los poseedores, combinada con su escasa representación política propia y con su consiguiente carencia de poder de atracción sobre la conducta cambiante de una numerosa pequeña burguesía urbana (trabajadores independientes y empleados asalariados mentalmente asimilados a ellos) afectada, tanto como los trabajadores de la industria y del agro, por la severidad de la crisis mundial.

Como se sigue de lo anterior, debilidad y fuerza de cada uno en cada terreno no son variables independientes sino funciones de las condiciones respectivas de los otros sectores sociales, todo lo cual da mayor vuelo a la autonomía relativa de las fuerzas armadas como *institución corporativa* en el Estado y la sociedad. Esta situación, a través de diversas combinaciones políticas y de poder, continuará siendo una constante de la vida política argentina, en la cual las mediaciones y los equilibrios en el "mercado político"[13] están alterados por el peso desproporcionado de los *dueños de la renta agraria* con respecto a los *dueños del capital* en la clase dominante, y de los *obreros industriales* con respecto al conjunto de los *asalariados y trabajadores independientes* entre las clases dominadas.

En las elecciones de 1932, gracias al veto a los radicales impuesto por las fuerzas armadas (veto que anticipa el que a partir de 1955 y hasta 1973 impondrán a los peronistas), vuelven al poder los conservadores en la persona de un general, Agustín P. Justo. Este poder se renovará en 1938, esta vez mediante el "fraude patriótico", y lo perderán definitivamente ante un nuevo golpe militar el 4 de junio de 1943.

En realidad, bajo el gobierno de los conservadores y la alianza de los agroexportadores con el imperialismo inglés, va madurando en la sociedad argentina un proceso de industrialización,[14] como la salida de la crisis, proceso que

[13] Tomo la expresión de Juan C. Portantiero, "Transición y democracia en Argentina: ¿un trabajo de Sísifo?", en *Cuadernos de Marcha*, núm. 22, segunda época, año IV, México, julio de 1983.

[14] Mónica Peralta Ramos, *Acumulación del capital y crisis política en Argentina (1930-1974)*, México, Siglo XXI, 1978, p. 85, señala, como otros autores, que "en la época del 30 se inicia un proceso de industrialización que altera a la antigua estructura de poder basada principalmente en la producción agropecuaria". Podemos encontrar el equivalente de este viraje hacia la industrialización en el México o el Brasil de los años treinta: es entonces cuan-

se continúa y acentúa con el estallido de la segunda guerra mundial y el aislamiento del mercado interno argentino con respecto a las importaciones. Este proceso, además de engrosar las filas del proletariado industrial, tiene su reflejo en las cabezas de sectores de la oficialidad del ejército preocupados por contar con una industria nacional que dé cierta autonomía de abastecimientos a las fuerzas armadas, y en particular por aquellas ramas que pueden sostener una industria de armamentos.

Estos cambios, previos al golpe de 1943, se anuncian ya en la política neutralista y con ribetes nacionalistas del último gobierno conservador de Ramón Castillo. Pero por la misma dificultad de la clase dominante para estabilizar su propia politicidad, debido a la combinación de factores antes señalada, una vez más es el ejército, y no la política de los partidos, el que interviene para llevar esos cambios a la política del Estado.

5. El golpe militar y con mayor fuerza el gobierno de Juan D. Perón (llevado al gobierno en elecciones precedidas por una gran movilización de la clase obrera, uno de cuyos momentos clave es la huelga general del 17 de octubre de 1945) [15] marcan el desplazamiento del poder de los dueños de la tierra y sus representantes políticos y militares y llevan a la práctica políticas y reformas favorables a la burguesía industrial basada en el mercado interno, a la ampliación de este mercado interno y del consumo de masas y a la protección de la industria nacional. Esto incluye una política de aumentos salariales y beneficios sociales que se combinará con el estímulo a la organización sindical de los trabajadores y con las movilizaciones convergentes de éstos en la coyuntura favorable del inicio de la expansión mundial capitalista de posguerra, para conformar y consolidar un movimiento de masas peronista que será el apoyo de los siguientes diez años de gobierno de Juan D. Perón (1946-1955) y que levantará la resistencia no sólo de la burguesía agraria (enemiga irreductible de Perón) sino también de sectores de la burguesía industrial que crecerán en su oposición al peronismo a medida que, hacia mediados de los años cincuenta,

do en estos países se echan las bases de lo que sería llamado la política de "sustitución de importaciones", en la cual el Estado desempeña un papel determinante.

[15] La movilización y huelga general del 17 de octubre de 1945, momento constitutivo y mito formador del movimiento peronista, ha sido objeto de innumerables escritos y análisis posteriores. Fue también un parteaguas histórico para la izquierda argentina: se definieron entonces contra ella comunistas, socialistas y una de las corrientes del trotskismo (Nahuel Moreno); en su favor se definieron otras dos corrientes del trotskismo de esos años (J. Posadas, por un lado, y Jorge Abelardo Ramos, posteriormente nacionalista, con su revista *Octubre*, por el otro). Estas definiciones fueron determinantes para todo el curso ulterior de cada uno de esos partidos y corrientes. Entre la literatura posterior es útil consultar, entre otros, Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo*, CLACSO, Buenos Aires, 1983; Félix Luna, *El 45*, Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1969; y Juan Carlos Torre, "La CGT y el 17 de octubre de 1945", en *Todo es Historia*, núm. 105, Buenos Aires, febrero de 1976. Una visión particularmente negativa del 17 de octubre la da un historiador de la escuela de N. Moreno: Milciades Peña, *Masas, caudillos y élites*, Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1971, en cuya concepción el quietismo y el conservadurismo son los rasgos dominantes en la clase obrera argentina.

se agoten las condiciones económicas para continuar con la "política redistribucionista" de los inicios.

En realidad, con Perón llega al poder del Estado por primera vez una fracción de la burguesía industrial, *débil* en la constelación de las clases dominantes (lo cual se expresa, por ejemplo, en el 46% de los votos obtenidos por la coalición de la Unión Democrática en 1946 o por el invariable control de la gran prensa por la oposición, que lleva entre 1950 y 1951 a la intervención directa del Estado, incluso expropiatoria para acallarla), pero *fuerte* en la coyuntura específica de la posguerra debido a la alianza con una fracción del ejército —la que apoya a Perón— y la irrupción masiva y organizada de los trabajadores asalariados urbanos y rurales canalizada por el peronismo. Aumentos salariales, obras sociales, generalización de conquistas como jubilación, vacaciones, indemnización por despidos, contratos colectivos, etc., marcan, junto con el papel jurídicamente reconocido a la organización sindical, un *nuevo modo de gestión de la fuerza de trabajo* establecido a partir del Estado y la legislación laboral. Uno de los antecedentes de esta concepción de las relaciones entre el capital, el trabajo y el Estado podría buscarse, diez años antes, con los 14 puntos enunciados por el presidente Lázaro Cárdenas en el conflicto con la burguesía de Monterrey, en particular con el punto clave, el tercero, según el cual "el gobierno es el árbitro y el regulador de la vida social".

Esto significa que el ejército deberá replegarse de su función directamente represora en los conflictos entre capital y trabajo (aunque Perón no se privará de usarlo en huelgas que cuestionan a su gobierno, como la de los obreros gráficos en 1949 o la de los ferroviarios en 1951) y quedar en segundo plano frente a un nuevo sistema estatal de mediación y de gestión. Este sistema exige *la presencia, la consolidación y la absorción en el Estado* de otra burocracia distinta de la militar, la de los dirigentes sindicales como administradores o intermediarios entre los trabajadores y el Estado.

Mientras tanto, el respaldo de un sector militar (que finalmente quedará en minoría) a la política de Perón, este repliegue del ejército a un prudente segundo plano en la conflictualidad social, el hecho mismo de que Perón sea, aunque militar en retiro, un representante del ejército y la afluencia de una nueva generación de trabajadores industriales, contribuyen a difuminar las antiguas y tenaces memorias del cruel antagonismo entre obreros y militares y el papel de éstos como guardianes del orden del capital y a alimentar la persistente ilusión de la "alianza entre el pueblo y las fuerzas armadas" o la "alianza sindicatos-ejército", ilusión que sólo será quebrada y aniquilada, esta vez para siempre, por el inaudito terror militar antiobrero desatado desde 1974 y consolidado a partir del golpe de marzo de 1976.

Pero hasta que el resultado de estos años aparezca claro en los cómputos electorales del 30 de octubre de 1983, dos fuerzas paralelas, dos *corporaciones relativamente autónomas* con respecto a las clases de las cuales emanan, parecerán dominar con sus enfrentamientos, negociaciones y acuerdos el escenario social y político y el espacio estatal argentino: la antigua y consolidada burocracia militar, la nueva y emergente burocracia sindical. Toca ahora considerar el origen, las características, las funciones y el poder (real y aparente) de esta última burocracia.

6. La movilización de masas y las reformas a la legislación social permiten desde 1945 la constitución de grandes sindicatos de masas por rama de industria, cuya base de afiliados es homogéneamente peronista. El reconocimiento legal de estas organizaciones y de una Confederación General del Trabajo (CGT) única, la concesión de la administración de las obras sociales a los sindicatos de industria, la percepción de las cuotas sindicales directamente por descuento del salario, la administración de los contratos colectivos de trabajo, ponen en manos de sus dirigentes poder y recursos financieros enormes. La integración de los sindicatos al partido de gobierno, que se apoya en la convicción política peronista de la mayoría abrumadora de sus afiliados, y el reconocimiento oficial de su representatividad por el Estado —la "personería gremial", que es atribución del Estado conceder o retirar a cada organización, equivalente al "registro" en el caso mexicano— convierten a los dirigentes sindicales, en los planos nacional y confederal en miembros del aparato de mediación del Estado. La legislación, que a los ojos de los trabajadores aparece como una protección del Estado a sus organizaciones en contraste con la política persecutoria de los gobiernos anteriores, en realidad coopta a los sindicatos y los hace depender del Estado. Como toda dependencia es a la vez interdependencia, es decir, tiene inevitablemente dos sentidos, es evidente que también el funcionamiento del Estado se altera al incorporar esta función mediadora de los dirigentes sindicales a su modo de relación (su modo de dominación) con los trabajadores y con la población.

En lo sucesivo, en la estructura del Estado argentino en cuanto "relación social" y en cuanto "aparato institucional", esta presencia de los sindicatos será una constante inmodificable, pese a los periódicos esfuerzos incluso extremos por borrarla de la escena, tan permanente e inseparable de esa estructura como su estrella antagónica y gemela, el ejército.

Pero lo primero es lo primero. Si los nuevos sindicatos fueron atraídos a cumplir esa función, fue antes que nada porque ellos fueron creados y organizados como sindicatos industriales de masas en una de las grandes irrupciones sociales de los trabajadores argentinos, en medio de huelgas y movilizaciones, al terminar la segunda guerra mundial. Fue esa movilización multitudinaria, a veces violenta, heredera de las antiguas experiencias de organización combinadas con el impulso de la nueva generación obrera engendrada por la industrialización más reciente, la que originó y dio la tónica a esas organizaciones. Sus primeros dirigentes (que a partir de 1948-1949 el Estado y Perón comenzaron a sustituir sistemáticamente por hombres más dóciles)[16] fueron en sus orígenes socialistas, anarcosindicalistas o sindicalistas revolucionarios o de clase que dieron los cuadros experimentados iniciales al sindicalismo peronista, así como también los dieron, en mucho mayor medida, trabajadores y sindicalistas de base de esos mismos orígenes y formación.

De ellos y de todo su pasado anterior la clase obrera argentina recibió su formación extraordinariamente combativa, reacia a la política de partidos (incluso del Partido Justicialista), propensa en cambio a intervenir en política con

[16] Louise M. Doyon, "Conflitos operários durante o régimen peronista (1946-1955)", en *Estudios Cebrap*, 15, São Paulo, Editora Brasileira de Ciencias, 1975, hace un documentado análisis de este proceso.

la "acción directa", rasgos que marcan a la vez sus puntos fuertes y sus lados débiles. Antes de que se estableciera y se afirmara esa nueva relación con el Estado, la clase obrera tuvo la extraordinaria experiencia de haber sido ella, con su movilización y su huelga general del 17 de octubre de 1945, uno de los elementos fundamentales —no el único, ciertamente— para decidir el destino político del país para toda la época sucesiva. Esa su primera irrupción determinante como clase en las grandes decisiones políticas nacionales la hizo como peronista; nada tiene de extraño la persistencia tenaz de esa identidad política, la primera con la cual pudo pesar como clase en la vida política nacional, y no sólo en sus intereses económicos, así como en otros países los trabajadores lo hicieron en tanto sociales, comunistas, laboristas o cardenistas.

A partir de allí es imposible explicar el Estado argentino como relación social, garante de las condiciones políticas que aseguran la reproducción de las relaciones de producción capitalista y de las clases sociales fundamentales y su respectiva relación de dominación-subordinación, sin comprender esa organización específica de la clase productora —los vendedores de la fuerza de trabajo— y su articulación con el sistema de dominación.

Por la combinación entre ese impulso de abajo y la legislación e iniciativa del Estado (y no por un supuesto designio "maquiavélico" de Perón, admirador por cierto de Maquiavelo, Napoleón y De Gaulle tanto como de sí mismo, simpatías que lo ubican en una *lignée* muy precisa y muy poblada de estadistas contemporáneos de las más diversas adscripciones políticas, sin excluir a declarados "marxistas-leninistas"), se fueron constituyendo rápidamente los nuevos dirigentes sindicales en una burocracia obrera estrechamente ligada al Estado, una *corporación* con intereses y privilegios específicos no basados en la propiedad sino en la *función* y expuestos a perderlos junto con ésta (ansiosos, por eso mismo, de encontrar los modos de transformarse de burócratas en propietarios). Son en este sentido comparables al ejército, aunque carezca del sentimiento de casta inseparable del carácter militar.

En la tensa, conflictiva y poco equilibrada configuración de clases argentina antes mencionada, ambas corporaciones, cristalizaciones burocráticas del peso social de clases antagónicas, parecen complementarse para asegurar la combinación de coerción y consenso que asegura la hegemonía de la clase dominante: una, los militares, casi la encarnación de la coraza de coerción que protege al Estado; la otra, los burócratas sindicales, casi la de la red de consenso con que ese Estado legitima su dominación.

Este conjunto de factores, como se comprenderá, resta flexibilidad al modo de dominación porque reduce o hace caer el papel de los partidos políticos como mediadores entre la sociedad civil y el Estado. Le trasmite en cambio la rigidez propia de corporaciones poco aptas para asumir ideológicamente el "interés general" de la sociedad y no sólo sus intereses sectoriales, o para que la sociedad se incline a reconocer en ellas sus aspiraciones generales.

Ambas corporaciones se convierten en protagonistas de la política, son penetradas por la política y hacen política pero, al mismo tiempo, la hacen revestida del empleo de la fuerza que a cada una de ellas es propia. La violencia oculta que impregna toda relación social entre intereses opuestos aparece entonces a flor de piel, porque todo el sistema de mediaciones, fusibles o trin-

cheras erigido entre esos antagonismos en el sistema de la democracia representativa ha sido debilitado y adelgazado. Incluso la Iglesia católica, la burocracia eclesiástica, la supuesta mediadora ideal entre los intereses sociales antagónicos en un país católico porque se erige como la depositaria de la ideología general, el catolicismo, toma partido por la fuerza del ejército, refuerza su simbiosis con la burocracia militar y desvanece al extremo su función tradicional de mediadora interesada.

Visto desde este ángulo, este Estado fuerte y autoritario, negador de las mediaciones y desvalorizador de la democracia, el parlamento y los partidos, aparece aquejado de una forma oculta de debilidad que saldrá a la luz y pondrá a sus polos corporativos en cortocircuito cuando las crisis y las caídas de la economía agudicen la competencia en el seno de las clases dominantes y las contradicciones entre éstas y las clases dominadas.

7. Sin embargo, así como el ejército no es la materialización de la fuerza abstracta de las armas sino del poder organizado y concreto de la clase dominante, la burocracia sindical no extrae su fuerza de las leyes laborales y del reconocimiento del Estado sino de la existencia y la fuerza de la organización de los trabajadores cuya representación ostenta.

Aquí es donde surge, en Argentina, una *anomalía* ubicada en el núcleo de la *dominación celular*[17] cuya sede es el ámbito de la producción, el lugar donde se produce y se extrae el plusproducto, el punto de contacto y fricción permanente entre capital y trabajo asalariado en la sociedad capitalista, el proceso de trabajo que es el soporte material de la autovalorización del capital.

Esta anomalía consiste en que la forma específica de organización sindical politizada de los trabajadores en el nivel de la producción no sólo obra en defensa de sus intereses económicos dentro del sistema de dominación —es decir, dentro de la relación salarial donde se engendra el plusvalor—, sino que tiende permanentemente a cuestionar (potencial y también efectivamente) esa misma dominación celular, la extracción del plusproducto y su distribución

[17] El concepto de dominación celular lo utilizan Guillermo O'Donnell, *op. cit.*; Oscar Oszlak, *op. cit.*, y Perry Anderson, *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1981. O'Donnell (*op. cit.*, pp. 51-52) define una crisis de dominación celular como "la aparición de comportamiento y abstenciones de clases subordinadas que ya no se ajustan, regular y habitualmente, a la reproducción de las relaciones sociales centrales en una sociedad *qua* capitalista". Señala como la característica más específica de esta crisis la "impugnación del mando en el lugar de trabajo. Esto implica no dar ya por irrefutable la pretensión de la burguesía de decidir la organización del proceso de trabajo, apropiarse del excedente económico generado y resolver el destino de dicho excedente". Esta situación "indica un Estado que está fallando en la efectivización de su garantía para la vigencia y reproducción de fundamentales relaciones sociales. En su mayor intensidad, cuando se pone en cuestión el papel social del capitalismo y del empresario, esta crisis amenaza la liquidación del orden —capitalista— existente. Por eso ésta es también la crisis política suprema: crisis del Estado, pero no sólo, ni tanto, del Estado como aparato sino en su aspecto fundante del sistema social de dominación de que es parte. Esta crisis es la crisis del Estado *en* la sociedad, que por supuesto repercute al nivel de sus instituciones. Pero es sólo como crisis de la garantía pública de la dominación social que puede ser entendida en su hondura".

y, en consecuencia, por lo bajo el modo de acumulación y por lo alto el modo de dominación específicos cuyo garante es el Estado.

Al pasar de los antiguos sindicatos dirigidos hasta fines de los años treinta e inicios de los cuarenta por socialistas, comunistas y, en medida ya muy declinante, anarquistas, que lograban englobar a una fracción minoritaria de la clase obrera, a los grandes sindicatos industriales de masa que se organizan tumultuosamente hacia la mitad de los años cuarenta, la clase obrera se organiza mayoritariamente (en los sindicatos o en su área de influencia) y ve institucionalizada su presencia en la sociedad argentina y su relación con el Estado.[18]

Pero, en el mismo movimiento, adopta una forma celular de organización que, por su origen, reproducción y funcionamiento, resulta refractaria a su asimilación en las instituciones de la sociedad capitalista. En las fábricas y lugares de trabajo, retomando sus viejas tradiciones de autoorganización y al margen de directivas específicas de ninguna fuerza política y mucho menos del mismo Perón,[19] los trabajadores designan *delegados* que los representan, por departamento, sección o grupo de trabajo (grupo homogéneo, según la nomenclatura italiana), constituyen con ellos *cuerpos de delegados* que deli-

[18] Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 16, dice que para 1975 "la proporción de los afiliados sindicados sobre la población asalariada, de acuerdo a los últimos cálculos disponibles, es del 30 por ciento en el nivel nacional, porcentaje muy superior al registrado en los países latinoamericanos y próximo al que se observa en los países industriales avanzados. Cuando se computa solamente a los asalariados industriales, la proporción se eleva hasta el 70 por ciento, lo que da una idea de la vasta cobertura de los aparatos sindicales y, paralelamente, de sus posibilidades para transmitir a lo largo del mundo del trabajo las iniciativas reivindicativas y las consignas de orden político".

[19] En un discurso ante los empresarios reunidos en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, el 25 de agosto de 1944, el entonces coronel Juan Domingo Perón expuso sus ideas sobre la clase obrera y su conducción: son sólidas, no dejan lugar a error y nunca fueron desmentidas en los hechos aunque hayan podido muchas veces ser encubiertas en los Discursos. Dijo el militar argentino: "Se ha dicho, señores, que soy enemigo de los capitales, y si ustedes observan lo que les acabo de decir no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado. Yo estoy hecho en la disciplina. Hace treinta y cinco años que ejercito y hago ejercitar la disciplina y durante ellos he aprendido que la disciplina tiene una base fundamental: la justicia. Y que nadie conserva ni impone disciplina si no ha impuesto primero la justicia. Por eso creo que si yo fuera dueño de una fábrica, no me costaría ganarme el afecto de mis obreros con una obra social realizada con inteligencia. Muchas veces ello se logra con el médico que va a la casa de un obrero que tiene un hijo enfermo, con un pequeño regalo en un día particular; el patrón que pasa y palma amablemente a sus hombres y les habla de cuando en cuando, así como nosotros lo hacemos con nuestros soldados. Para que los soldados sean más eficaces han de ser manejados con el corazón. También los obreros pueden ser dirigidos así. Sólo es necesario que los hombres que tienen obreros a sus órdenes lleguen hasta ellos por esas vías, para dominarlos, para hacerlos verdaderos colaboradores y cooperadores.

"Con nosotros funcionará la Confederación General del Trabajo y no tendremos ningún inconveniente, cuando queramos que los gremios equis o zeta procedan bien, a darles nuestro consejo; nosotros se lo trasmitiremos por su comando natural. Le diremos a la Confederación: hay que hacer tal cosa por tal gremio, y ellos se encargarán de hacerlo. Les garantizo que son disciplinados y tienen buena voluntad para hacer las cosas." (Citado por Milcíades Peña, *op. cit.*, pp. 73-74.)

berán como parlamentos internos de la empresa y eligen *comisiones internas* que conforman su representación central permanente en la empresa.

Este conjunto de instancias organizativas que funcionan en el lugar de trabajo no sólo se ocupan de normas salariales y normas de trabajo establecidas en los contratos colectivos, sino que asumen funciones, más o menos desarrolladas según el nivel determinado de la lucha de clases, de control del proceso de trabajo. Pero su modo de existencia y de decisión las constituye en el eje orgánico de un fenómeno que va más allá del conflicto inmediato entre capital y trabajo: el proceso de discusión colectiva y formación de la opinión y el consenso de la clase trabajadora sobre la política general del país y del Estado. Ese proceso habitual en la formación de la opinión obrera toma organicidad en ese período a través de la realización regular de asambleas y reuniones en el lugar de trabajo y de la adquisición del hábito de las asambleas y del control democrático —en el lugar mismo— de la aplicación de sus decisiones por sus representantes. Esta red, este tejido específico de instancias organizativas cuyo funcionamiento escapa a la reglamentación —y aun al *horizonte jurídico*— de las leyes generales del Estado argentino, no sólo conforma la opinión de la clase obrera y se nutre de ella allí donde esa clase tiene su identidad profunda y diferenciada de los otros segmentos de la sociedad, sino que se constituye en su expresión política y su formulación orgánica.[20]

Entonces sucede que en el núcleo de la dominación celular, allí donde se asegura la extracción del producto excedente y la reproducción del sistema, allí donde se contraponen el *despotismo industrial* y la *cooperación* en un enfrentamiento de todos los instantes como potencias complementarias y antagónicas de la sociedad capitalista, se introduce la *política*, la consideración y discusión de las cuestiones generales de la sociedad y de su Estado. El *productor* y el *ciudadano*, figuras cuidadosamente separadas en el orden jurídico

[20] En un ensayo de noviembre de 1976, "La larga marcha de la clase obrera argentina", recopilado ahora en Adolfo Gilly, *Por todos los caminos/1*, México, Nueva Imagen, 1983, p. 50, digo de este tejido social: "Desde 1944-1945 surgieron en Argentina las comisiones internas, elegidas en asambleas generales, los delegados de sección, el funcionamiento de los cuerpos de delegados como verdaderos parlamentos de fábrica. Aun con las inevitables deformaciones burocráticas, ese funcionamiento fue la base de la organización de las grandes huelgas generales y parciales; de las ocupaciones de fábrica, de la vida sindical del proletariado que era al mismo tiempo la forma elemental de su vida política dentro del movimiento nacional —es decir, no de clase— del peronismo. En su memoria histórica, a esa vida y esas luchas —y no simplemente a las leyes de gobierno peronista— están ligadas las grandes conquistas sociales y nacionales, desde las vacaciones, los salarios, las jubilaciones, la seguridad social, hasta la política de nacionalizaciones del gobierno.

"Pero sobre todo a ese funcionamiento —delegados, comisiones internas, cuerpos de delegados, asambleas generales, elecciones sindicales, derechos democráticos en las fábricas y lugares de trabajo— está ligada en la conciencia de los obreros argentinos una conquista inseparable de todas aquellas, pero que, en cierto modo, las sintetiza y las supera: la conquista de la dignidad personal, del respeto en el lugar de trabajo, de esa forma de la democracia (infinitamente más verdadera para los trabajadores que las elecciones políticas periódicas) que consiste en el derecho a organizarse sindicalmente, a tener una opinión y expresarla en el trabajo, a discutir colectivamente, a pesar en las decisiones sociales no como individuo aislado sino como fuerza y pensamiento colectivos no individuales, con que pesa en las bases materiales de la sociedad, en la producción."

fundante de la sociedad capitalista, se funden en una sola. Una *anomalía* se ha introducido en ese orden.

Esta politicidad obrera, basada en la cooperación en el lugar de trabajo, resulta impenetrable para la politicidad del intercambio mercantil, base de la socialidad burguesa y de su Estado. Por eso es incluso refractaria (no impenetrable) a la transposición directa de sus lealtades partidarias: un obrero socialista, radical, comunista o trotskista puede y suele ser elegido delegado de fábrica por una base obrera mayoritariamente peronista. Se forma así un *ámbito político* que escapa a la absorción o la incorporación en el metabolismo general de la política institucionalizada en el Estado como fundamento de las relaciones globales de la sociedad capitalista. Pero interfiere permanentemente en ese metabolismo y no puede ser eliminado ni —en definitiva, no en cada coyuntura— controlado.

La inmediata *politización cerrada* de esta instancia organizativa —es decir, su politización sin mediaciones— amenaza desde entonces a los portadores de las mediaciones y de las expresiones político-partidarias de la dominación. Foco de resistencia último de la clase obrera y al mismo tiempo foco de su protesta originaria contra la explotación, sede de su deliberación política como clase, lugar de la formación de su pensamiento *ajeno* a la mediación con el Estado y la institucionalización que caracterizan al sindicato e *inmerso* en el enfrentamiento permanente con el capital, órgano del sindicato y a la vez instrumento de control sobre éste y de fiscalización desde abajo de su dirección, los *delegados* y las *comisiones internas*, por el particular modo de englobamiento político de los trabajadores propio del peronismo, politizan el espacio cerrado de la producción, la fábrica, mientras dejan el espacio de la sociedad a la política burguesa del peronismo. Es decir, se recargan de política y, en cierto modo, deflagran la necesidad de un partido de la clase obrera que debería provenir del alto involucramiento político que la actividad de esta clase testimonia.

Si bien esto pone en severo límite a la generalización programática de la práctica política de los obreros en Argentina, traba también su derivación puramente reformista al impedir que la politicidad de clase abandone el espacio de la fábrica y se instale definitivamente en el terreno de las mediaciones estatales. Este encierro, cuya expresión negativa es que la conciencia política de los obreros argentinos ha sido por largo tiempo mayoritariamente peronista, es decir, nacionalista y burguesa, determina por otra parte que la manera *directa* y *colectiva* de hacer política de esos obreros, su práctica política inmediata, nunca está distante del espacio en que se enfrentan cotidianamente al *mando despótico* del capital.[21]

[21] Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno...*, cit., pp. 89-91, describe esta función excepcional de las comisiones internas en la vida del lugar de trabajo y la conciencia patronal del peligro que esto entrañaba para su dominación. Vale la pena citar por extenso: "Entre 1946 y 1955, y paralelamente a la redistribución del ingreso y al reforzamiento de los órganos contractuales en el mercado de trabajo, los obreros obtuvieron bajo el peronismo una gravitación inédita en la vida de las empresas, a través de la implantación de las comisiones internas a lo largo de la industria y la reglamentación de las condiciones de trabajo por convenio. Se dio así la experiencia, históricamente infrecuente, de una clase trabajadora joven todavía en formación, como era aquella que afluía a las fábricas y talleres en los años cuarenta, que llegaba a ocupar posiciones de control sobre el lugar de trabajo realmente ex-

Esto contribuye a dar cuenta del lugar verdaderamente excepcional, en relación con otros países, que ocupan en esa práctica la *huelga general* y la *ocupación de fábrica,* junto con otros métodos conexos que tienen en común no la sola disputa por el precio de la fuerza de trabajo, sino el cuestionamiento directo del mando despótico del capital.

Durante la década de gobierno peronista (1945-1955) y la sucesiva resistencia a los gobiernos militares o civiles que se suceden hasta 1973 amparados en la fuerza de las armas o en la proscripción electoral del peronismo, esta práctica política aparece, en razón de la ideología peronista compartida por la gran mayoría de los trabajadores, *enmascarada* por el propio fenómeno político peronista ante los ojos de todos los participantes, no sólo los antiperonistas o no peronistas sino también Perón, la dirección peronista y los obreros mismos. Todos creerán que eso es peronismo; y cuando esa práctica de clase termine de poner en crisis al último gobierno militar de la serie abierta en 1966 con el golpe del general Juan C. Onganía —el gobierno del general Lanusse—, aceptarán también que Perón en persona es quien puede conjurar esa amenaza al orden y a las bases mismas de la dominación. Entre 1973 y 1976, años de los sucesivos gobiernos del peronismo tardío, saldrá a plena luz

cepcionales. De hecho, la vitalidad del movimiento laboral durante aquellos años reposó centralmente sobre las instituciones de control obrero existentes a nivel de las empresas. Los sindicatos y la CGT no siempre lograron sustraerse a las imposiciones de la política gubernamental, pero las comisiones internas garantizaron a las bases obreras una presencia permanente en el ámbito del trabajo y condicionaron seguramente el ejercicio de las funciones de la gerencia. Precisamente fue contra esa presencia, contra esos condicionamientos, que se levantó el clamor de los empresarios, poco antes de producirse el derrocamiento del régimen peronista en 1955.

"En mayo de 1955, el gobierno reunió en el Congreso de la Productividad a los representantes sindicales y los empresarios para discutir la adopción de nuevos regímenes de trabajo. A poco de iniciadas las sesiones quedó claro que el objetivo de los empresarios era limitar el poder de las comisiones internas y recuperar para sí el derecho a definir las condiciones de utilización de la fuerza de trabajo.

"Producida la caída del peronismo en septiembre de 1955, los derechos de las comisiones internas, las elaboradas cláusulas contractuales que comprometían la eficiencia de las empresas, cayeron bajo la mira de la política laboral del nuevo gobierno.

"Comenzó así un vasto proceso de reorganización de los sistemas de trabajo, con la introducción de la *job evaluation,* la cronometrización de los tiempos de producción, la difusión del salario por rendimiento. Paralelamente a estos cambios, implementados en forma unilateral por los empresarios, los órganos del control obrero en la empresa, las comisiones internas, entraron en una fase de lenta e irreversible decadencia. Recortadas en forma drástica sus atribuciones, reducidos a la tutela casi siempre nominal de los convenios de trabajo nacionales, dichos órganos perdieron la capacidad de trasmitir las demandas colectivas y terminaron con frecuencia cooptados por la gerencia."

Como registra más adelante el mismo autor (pp. 92-93), estas condiciones de enfrentamiento se reprodujeron en la primera mitad de los años setenta, cuando "las demandas explícitas avanzadas por los trabajadores eran generalmente el vehículo de un descontento que iba más allá de las razones circunstanciales invocadas en un caso y otro, para recibir su fuerza del malestar, al mismo tiempo indefinido y profundo, que había ido acumulándose en los lugares de trabajo. De allí la facilidad con que los trabajadores pasaban de reivindicar en el plano de las condiciones de trabajo a cuestionar las relaciones de autoridad en las empresas. *No forzaríamos la realidad si afirmáramos que las fábricas vivieron durante estos años en estado de rebeldía*" (cursivas nuestras).

la contradicción abierta entre aquella práctica de clase y la ideología estatal burguesa de la política peronista.

8. Lo que preparó las condiciones para ese estallido general de las contradicciones contenidas en el peronismo fue el último intento de la corporación militar (antes de la dictadura 1976-1983) de reformar radicalmente el Estado argentino implantando por la fuerza una forma híbrida y moderna de corporativismo. En junio de 1966, el general Juan Carlos Onganía encabezó el golpe que derribó al gobierno del presidente radical Arturo Illia. Pese a que el golpe triunfó apoyado en un acuerdo secreto con la burocracia sindical con la anuencia del propio Perón, el general Onganía tenía su propio proyecto corporativo: suprimir la política (disuelve todos los partidos) y desarrollar el país según las necesidades y perspectivas modernizantes de la gran burguesía y las multinacionales (con la burguesía agraria en el trasfondo). El portador y portavoz de este plan de modernización corporativa del Estado y de la economía era el ministro Adalbert Krieger Vasena, quien promovió una transferencia de ingresos desde los asalariados y los dueños de la tierra hacia los empresarios urbanos, en especial las grandes empresas nacionales y extranjeras: cortó el papel "benefactor" del Estado y sus gastos sociales, y aceleró la concentración y la internacionalización del capital.

El éxito inicial del plan fue facilitado por la sorpresa de la burocracia sindical y la dirección política peronista, por la derrota del movimiento obrero y por la unanimidad militar que promovió y logró Onganía en torno a su política. Su proyecto de reorganización del Estado argentino aspiraba a disolver definitivamente, por la vía del gobierno de la corporación militar, por un lado la amenaza obrera, encarnada a sus ojos en la corporación de la burocracia sindical, y por el otro el desorden político, que atribuía a la existencia y la actividad de los partidos: con clásico pensamiento de comandante militar, en su campo de visión no entraba la sociedad, sino solamente las instituciones. El resultado fue que el Estado gobernado por Onganía se privó de los órganos de mediación que le hubieran permitido medir y controlar las tensiones. La crisis del proyecto sobrevino sorpresivamente para sus conductores cuando esas tensiones estallaron en mayo de 1969 con el cordobazo, la gran huelga general con puntas insurreccionales de la ciudad de Córdoba, centro industrial rápidamente desarrollado en los años precedentes, que se vinculó con movimientos similares en otras ciudades. La modernización autoritaria del Estado imaginada por Onganía, como respuesta a cambios ya ocurridos o en curso en la economía y en la sociedad desde fines de los años cincuenta, había preparado el cordobazo de una manera similar —pero no idéntica, por supuesto— a como la modernización gaullista preparó el mayo francés de 1968 y su propio ocaso. Con el cordobazo y el fracaso de la llamada "Revolución Argentina" de Onganía se abre un nuevo período de las relaciones entre la clases (y en consecuencia del Estado) en la Argentina.

El cordobazo, que estalla como rayo en cielo sereno, sería también inexplicable sin la existencia del tejido social de la organización de fábrica de los trabajadores, ya que el poder militar corporativo parecía por entonces contro-

lar firmemente todas las otras formas de organización institucionalizadas por el Estado (sindicatos y partidos).

La anomalía argentina provoca al mismo tiempo una crisis de acumulación (o de valorización del capital) y una crisis de dominación. A esta altura, resulta claro que la crisis central del Estado se ubica, en el cordobazo, en la relación vertical de explotación y no ya en la relación horizontal de competencia entre las distintas fracciones del capital, que pasa ahora a ser una crisis subordinada a la solución de la anterior.[22] La burocracia sindical, amenazada de desbordamiento pero también estimulada por la movilización obrera (no olvidemos que su existencia misma como burocracia, así como su poder en la sociedad, son existencia y poder reflejos de los de la clase obrera, como en el otro extremo también sucede a la corporación militar con relación a las clases dominantes), también entra a encabezar movilizaciones.[23]

El cordobazo termina abruptamente con los proyectos de Onganía y con su superministro Krieger Vasena. En 1970, el general Roberto Levingston, con un vago proyecto nacionalista, sustituye a Onganía, para ser remplazado en 1971 por el general Lanusse. Este, finalmente, se encamina hacia la única solución que para entonces parece posible al ejército y a todas las fracciones de la burguesía, asediadas por la movilización social de la clase obrera apoyada por la pequeña burguesía urbana y en una situación exacerbada por un nuevo elemento irritante, la aparición de la guerrilla urbana: aceptar el regreso de Perón al país y del peronismo al poder, para tratar de controlar y absorber la crisis de dominación del Estado.[24]

Desde 1955 hasta 1973 cuando se produce el regreso de Perón, el capitalismo y el Estado argentino oscilaron así permanentemente entre una *crisis de acumulación o de valorización* y una *crisis de dominación*, que desembocaron en la *combinación* de ambas, aporte de la "Revolución Argentina" de Onga-

22 Mónica Peralta Ramos, *op. cit.*, p. 186, escribe: "Lo que caracteriza el período comprendido entre el derrocamiento del peronismo en 1955 y el acceso de la 'Revolución Argentina' en 1966 es el desarrollo y profundización de una crisis de hegemonía en el seno de las clases dominantes. En lugar de existir una clara e indiscutida dirección del conjunto por parte de una clase o fracción, lo que predomina son los enfrentamientos internos. Se produce entonces un equilibrio inestable de fuerzas que progresivamente debilita al conjunto frente al potencial avance del enemigo principal: la clase obrera.

"Dos son los ejes del enfrentamiento interno: la lucha entre las distintas fracciones por imponer su específico interés inmediato con carácter hegemónico y la lucha por imponer una determinada forma de dominación en relación a la clase obrera."

23 Guillermo O'Donnell (*op. cit.*, p. 286) dice: "El peso burocrático del sindicalismo argentino ata su suerte a la continuidad del capitalismo. Pero, por otra parte, ese peso —sedimentación de sucesivas concesiones 'pacificantes' del gobierno y de las clases dominantes— es consecuencia de su basamento en una clase que aparece con capacidad para (cuestionar) los parámetros capitalistas de los que su aparato sindical no quiere ni puede salir. Por eso, como se mostrará en 1955-1956 y a partir del cordobazo aun con mayor claridad, si bien ese capitalismo 'digiere' los impulsos hacia el socialismo, tiene que hacerlo, porque si no sería rebasado, mediante un agresivo economicismo. Y esto, al tiempo que salva a ese capitalismo, es su maldición: lo hace funcionar a los saltos en una recurrente crisis de acumulación."

24 Lanusse tiene, además, una estrategia secundaria o de reserva: si el peronismo en el poder fracasa, se desprestigiará y se hundirá definitivamente en el caos: entonces será también la hora del regreso definitivo de los militares para que, finalmente, "el orden reine en Varsovia".

nía al cabo de tres años, cuando con su proyecto de reorganización estatal creía haber resuelto para siempre ambas crisis.

9. Perón esboza una respuesta diferente, una versión modernizada de su vieja política de concertación entre las clases: el Pacto Social entre la CGT (obreros) y la CGE (empresarios nacionales), bajo la égida del Estado como árbitro. Pero en ese año 1973 la crisis mundial de largo plazo apunta ya en el horizonte a través de la crisis del petróleo y no hay tela para nuevos proyectos redistribucionistas. Durante todo ese año y principios del siguiente las movilizaciones obreras continúan, acentuando constantemente su patrón de cuestionamiento de la dominación en el proceso de trabajo. El enfrentamiento se produce sistemáticamente entre los activistas de fábrica —delegados, comisiones internas— y la patronal, dejando de lado la mediación de la burocracia sindical externa a la fábrica. El foco de la conflictualidad se ubica, sin mediaciones ni fusibles, en el núcleo de la dominación celular. La divergencia entre el poder obrero en la fábrica y el poder de la burocracia sindical en el Estado se va haciendo más y más aguda. Entre junio y septiembre de 1973, el 43% de las huelgas tiene lugar con *ocupaciones de fábricas*, cifra verdaderamente impresionante como índice de la radicalidad del estado de movilización y de su cuestionamiento a la dominación.

Para defenderla, las medidas iniciales del gobierno peronista no recurren abiertamente a la corporación militar, sino que intentan fortalecer a su aliada inmediata, la burocracia sindical, frente a las bases de ésta. En noviembre de 1973 una nueva Ley de Asociaciones Profesionales acentúa los rasgos verticales y corporativos de la estructura sindical: prolonga la duración de los cargos sindicales de dos a cuatro años; faculta a los sindicatos centrales para intervenir a los locales y destituir a sus dirigentes; permite una similar destitución desde arriba de los delegados de fábrica: otorga a las direcciones nacionales el derecho de revisar las decisiones de las comisiones internas de fábrica sin instancia de apelación. Pero la ofensiva legal contra los organismos fabriles se prolonga cada vez más en una ofensiva material y militar, con despidos de activistas (sistemáticamente respondidos con paros desde la base por parte de los obreros), represalias dentro de las fábricas y a continuación, en manera creciente a partir del gobierno de Isabel Perón y su ministro de Bienestar Social, José López Rega (ex hombre de confianza de Perón), secuestros de activistas y delegados ejecutados por las bandas de las tres AAA, siniestra materialización de la alianza entre los militares y los burócratas sindicales que unen su poder de fuego contra los trabajadores. El principal promotor de esas bandas será el citado ministro de Bienestar Social, involuntario homenaje a Orwell de un régimen en descomposición.

A esta altura, entre 1973 y 1976, el conflicto encubierto entre la práctica de clase de los trabajadores peronistas y la ideología estatal y corporativa del peronismo adquiere ya carácter político general y se presenta a plena luz, llevando al paroxismo la crisis del Estado que militares y clase dominante habían querido superar con la vuelta de Perón. La clase obrera termina entonces por útilizar órganos de fábrica (no los sindicatos en cuanto instituciones reconoci-

das por el Estado), es decir, la anomalía en el sistema de dominación, para enfrentar *socialmente* al gobierno peronista, dentro de cuyo horizonte nacional esa clase continúa moviéndose *políticamente*. Es la gran huelga general de julio de 1975, dirigida por las Comisiones Coordinadoras (finalmente asumida, después de una semana de conflicto, por la dirección oficial de la CGT), contra la política de austeridad de Isabel Perón y su ministro Celestino Rodrigo: el "rodrigazo".

Algunos análisis presentan ese conflicto como una contraposición y una escisión entre peronismo burgués y peronismo obrero. Es una imagen falsa: el peronismo, como ideología y como práctica, se ubica íntegra y sólidamente en el terreno de las ideas, los programas y las prácticas políticas nacional-burguesas. El conflicto constituye, en cambio, la irrupción del enfrentamiento elemental y creciente entre esa política estatal peronista y los organismos de base, politizados, de la clase obrera en la producción; entre política nacional burguesa peronista y política fabril obrera sin programa propio.

Es el choque frontal entre dos espacios políticos ya no conciliables, en que el espacio fabril proletario se niega a subordinarse al espacio mercantil burgués pero, a diferencia de éste, no está en capacidad de crear un metabolizador general de su política para el conjunto de la sociedad. Pone en crisis al sistema de dominación y al Estado, pero no puede resolver esa crisis en su favor. Entonces pierde, pero no desaparece. Será la dictadura militar del llamado "Proceso de Reorganización Nacional" (1976-1983) la que tratará de resolver ese problema.

La burocracia sindical, cuando este conflicto irrumpe, queda a un lado, desbordada y paralizada por el choque de aquellos entre quienes media. Queda literalmente atrapada en la colisión. Perón y sus sucesores, al asociar necesariamente esa burocracia a la politicidad de su Estado y su partido, por fuerza la separa de la sede de la politicidad y la práctica política obreras, la fábrica. Pero entonces, al sobrevenir la crisis, ésta produce un doble efecto en esa práctica política: 1] la deja libre y para expresarse por sí misma; 2] la empuja a enfrentarse con la burocracia (y a introducir fracturas en su seno) en la medida en que esa práctica se enfrenta con el Estado al cual esa burocracia se ha asimilado.[25]

Esta autonomía obrera, donde una mirada escudriñadora podría descubrir las huellas de la herencia lejana de los viejos precursores anarcosindicalistas

[25] Liliana de Riz, *Retorno y derrumbe*, México, Folios Ediciones, 1981, p. 78, anota "[...] en 1973, la lógica corporativa debía coexistir minuciosamente con la lógica política (la representación partidaria), incluso al precio de subordinarse a los designios de esta última, ya que lo que estaba en juego era la estabilidad política del régimen. Por eso Perón reiteraría en sus habituales charlas doctrinarias en la CGT, durante 1973, que si bien el sindicalismo es un interlocutor político privilegiado y el movimiento obrero 'la columna vertebral' del peronismo, la lógica de sus intereses gremiales debe subordinarse a la lógica de la política (el Pacto Social, convenio colectivo al más alto nivel, no debe romperse). La oposición de intereses debe encuadrarse en la preocupación común entre obreros y empresarios (los socios del Pacto Social) por garantizar la estabilidad del sistema. Ambos deben respetar las reglas de la negociación. Al transferir al sindicalismo la corresponsabilidad de la gestión de la economía, Perón recortaba la capacidad de acción del mismo: tenían que ser peronistas primero y sindicalistas después"..

de la organización obrera argentina, no surgió por supuesto de la noche a la mañana cuando el conflicto salió a la luz. Corre como un río subterráneo por dentro de la organización sindical de masas argentina desde que ésta se constituyó, con las características que hemos analizado, a mediados de los años cuarenta. Su vitalidad, visible para quien considere desde adentro la práctica cotidiana de la clase obrera, puede detectarse con fidelidad sorprendente en este simple dato:

"De 1955 a 1966 las huelgas declaradas con prescindencia de los sindicatos nacionales y de la CGT (es decir, a niveles de planta o de sindicato local) fue llamativamente alto: 55.2 por ciento del total. Sin embargo, bajo las condiciones impuestas por el gobierno de Onganía, el porcentaje de huelgas 'de base' sobre el total saltó al 67.2 por ciento, para mantenerse a ese alto nivel durante los meses de gobierno de Levingston (67.2 por ciento) y durante el período de Lanusse (71.4 por ciento). Ratificamos, por ese lado, que el conjunto de la clase estaba lejos de acompañar pasivamente las negociadoras tendencias de sus dirigentes a nivel nacional." [26]

Esta divergencia sorprendente, visible y creciente, continuará durante el gobierno peronista iniciado en 1973 y culminará precisamente en la huelga general de las Coordinadoras en julio de 1975. Para entonces las alas duras de las dos corporaciones gemelas, el ejército y la burocracia sindical, ya habían percibido la magnitud del desafío a la dominación del Estado, habían depuesto sus razones de disputa y valorado sus motivos de renovada alianza y habían unido sus fuerzas y su poder de fuego en la organización clandestina de las tres AAA. Se proponían resolver por la violencia armada la anomalía cuya presencia autónoma ya habían detectado inconfundiblemente pero cuyos contornos no podían todavía precisar. La empresa fue bendecida por la aliada histórica inseparable de la corporación militar en la estructura estatal argentina: la Iglesia católica, la corporación eclesiástica. Será el ejército, con esa bendición, el que finalmente emprenderá a fondo la tarea, desde 1976, poniendo en juego absolutamente todos sus recursos morales y materiales.[27]

Hasta entonces, la anomalía argentina es un planeta oscuro que no aparece en los radares del análisis político pero altera con su presencia el funcionamiento "normal" de la política y la democracia basadas en las leyes del intercambio mercantil. Su silueta no es registrada por el universo categorial en que se mueve la política estatal de la sociedad capitalista, a diferencia de otros fenómenos violentos como la guerrilla urbana, perfectamente discernibles y clasificables en dicho universo (y mucho más *efecto* o *consecuencia* de una crisis de dominación sin salida jurídico-legal que *causa* de esa crisis). Por eso, y no sólo por natural mala fe y voluntad confusionista, personajes de ese mundo polí-

[26] Guillermo O'Donnell, *op. cit.*, p. 456, nota.

[27] Planteo esta cuestión en "La larga marcha de la clase obrera argentina", *op. cit.*, p. 53: "En Argentina el ejército —desorganizada y reducida a la impotencia su ala nacionalista en la cual se apoyaba Perón— está intentando una especie de 'solución final' contra un misterio único y hasta ahora irrevocable para él: la organización de masas del proletariado argentino, los sindicatos y el peronismo. Está llevando a término el plan que otras veces dejó a medias, sobrepasado por sus propias contradicciones interiores: romper, destruir, aniquilar en su raíz misma la organización de la clase obrera mediante la represión, el terror, la desocupación, la liquidación de sus conquistas sociales, el aislamiento político."

tico como Alvaro Aysogaray y Ricardo Balbín acuñaron términos como el de "guerrilla industrial", cuya sola connotación implicaba ya una invitación a utilizar las armas del Estado contra esa autonomía de los trabajadores.

10. Es preciso medir en su real magnitud la profundidad y la gravedad específica de esta crisis del Estado argentino (es decir, de todo el modo de dominación y de los fundamentos de las relaciones de dominación-subordinación entre las clases polares de la sociedad), para comprender la racionalidad de una represión que parece sobrepasar los límites de la razón humana. Como reacción de una clase dominante que ve amenazado el núcleo central de su poder, es comparable con el nazismo, respuesta del capital alemán ante una amenaza semejante. También en este caso, como en el de Alemania, es en los dominios de la teoría del Estado, y no en la psicología individual o colectiva de las fuerzas armadas o del pueblo argentino, donde hay que buscar la explicación racional de lo que aparece como una perversión colectiva.

Cuando las fuerzas armadas argentinas decidieron realizar una intervención definitiva y tomar el poder el 24 de marzo de 1976, no lo hicieron como cuerpo ajeno a la sociedad. Fueron llamadas entonces por la totalidad de las fracciones de la burguesía argentina (gran burguesía asociada al imperialismo, multinacionales, burguesía agraria y burguesía nacional-industrial), con el apoyo de gran parte de la pequeña burguesía, frente al caos sangriento del gobierno de Isabel Perón y López Rega y alarmadas hasta el último extremo por ese desafío supremo a la dominación (sin salida política alternativa) que fue la gran huelga general de las Coordinadoras en julio de 1975.

Los planes económicos del superministro de la dictadura, José Martínez de Hoz, fueron un intento coherente, desde el punto de vista de los intereses de la alianza entre la burguesía agraria, la gran burguesía, las multinacionales y el capital financiero (encarnados incluso físicamente en la persona y los negocios del propio Martínez de Hoz), de dar una respuesta duradera a la crisis de acumulación y a la necesidad de una nueva inserción del capitalismo argentino en el mercado mundial. No es esta respuesta económica —inseparable de los medios políticos con que fue instrumentada— el tema de este escrito.[28] Interesa aquí analizar la empresa central de las fuerzas armadas al ocupar el aparato del Estado: la "solución final" a la endémica crisis de dominación, a la permanente amenaza a la dominación celular, a lo que hemos llamado la anomalía argentina.

Toda la potencia represiva del Estado —ejército, marina, aviación, policía, servicios de inteligencia, cuerpos armados de la burocracia sindical, policías privados de las empresas— se concentró furiosamente sobre las fábricas, los tra-

[28] Sobre los planes económicos de la dictadura, véase Adolfo Gilly, "Las Malvinas, una guerra del capital", en *Cuadernos Políticos*, núm. 32, México, Era, enero-marzo de 1983, reproducido en Alberto Plá y otros, *La década trágica (Ocho ensayos sobre la crisis argentina, 1973-1983)*, Buenos Aires, Tierra de Fuego, 1984. Véase también al respecto los restantes ensayos de este volumen, en particular "Argentina: el proyecto económico y su carácter de clase" y "Argentina: economía y política en los años setenta", trabajos colectivos de Alberto Spagnolo, Roberto Esteso, Oscar Cismondi y Héctor Capraro.

bajadores y sus aliados con todos los medios a su alcance: secuestros, desapariciones de activistas o de sus familiares, asesinatos, cadáveres en la vía pública, campos de concentración y de muerte, torturas, golpizas, despidos, destrucción de sus viviendas con bombas, robo de sus pertenencias, todos los medios se valen. Es cierto que esta actividad se combina con la represión con los mismos métodos perversos a los guerrilleros (Montoneros y ERP), ya para entonces muy golpeados y desorganizados. Pero bajo los gobiernos del "Proceso" iniciado en 1976, *la mitad* de los desaparecidos son trabajadores industriales, en un país donde los obreros constituyen el 22 por ciento de la población económicamente activa y donde las filas de la guerrilla se nutren casi totalmente de la pequeña burguesía urbana.

Esta locura homicida, centrada en los trabajadores industriales, busca la "solución final" a la anomalía. Cuando la crisis económica desencadena nuevamente la disputa interburguesa y abre una nueva crisis del Estado represor, esa locura busca una última salida en otra aventura criminal a costa de la sangre de los trabajadores argentinos, esta vez utilizados como carne de cañón: la guerra de las Malvinas, cuyo curso y cuyo triste final son de sobra conocidos. Significativamente, esta vez los guerrilleros, los dirigentes de ese ambiguo conglomerado autodenominado "campo popular" y la izquierda marxista en su casi totalidad, además de todos los jefes políticos burgueses, apoyan con entusiasmo este nuevo crimen de los militares contra los trabajadores argentinos y contra el país, encandilados todos ellos por el mito chovinista compartido de la "Argentina Potencia". En abril de 1982 el Estado argentino dirigido por los militares parece haber logrado milagrosamente la siempre buscada y nunca encontrada "unidad nacional", antes de precipitarse en el giro de pocas semanas a los despeñaderos de la humillante derrota militar frente al imperio británico. Es el fin de la aventura iniciada por los militares en marzo de 1976, la crisis más profunda de su Estado, la hora más oscura del país que es, al mismo tiempo, la hora de la verdad.

Nuevamente aquí, la anomalía: nadie ha podido presentar un solo indicador que muestre el apoyo de los trabajadores, como clase, a esta aventura de sus verdugos sostenida por sus dirigentes sindicales y sus supuestos teóricos políticos. El comportamiento de la clase sigue otros caminos y se determina según otros métodos y parámetros que el de quienes hablan en su nombre.[29]

La guerra de las Malvinas, el complejo proceso de reorganización obrera posterior, las tres huelgas generales de diciembre de 1982, marzo de 1983 y octubre de 1985 y el proceso político democrático abierto con posterioridad a las elecciones del 30 de octubre de 1983, dicen que siete años de terror antiobrero llevado a sus últimas consecuencias legales, extralegales, materiales y morales pudieron hacer sufrir a los trabajadores argentinos una derrota sangrienta y de consecuencias tanto más duraderas cuanto que la crisis no es la coyuntura más favorable para su reorganización; pero no pudieron resolver ni disolver el enigma que continúa asediando la dominación burguesa en el Estado argentino (sin poder sin embargo sustituirla, y hoy menos que nunca).

29 Sobre esta cuestión escribo en el ensayo "Las Malvinas, una guerra del capital" (véase nota precedente). Véase también Alejandro Dabat y Luis Lorenzano, *Conflicto malvinense y crisis nacional*, México, Teoría y Política, 1982.

Ésta es la dificultad insoluble con que tropieza el restablecimiento del mercado de la política que se propone Alfonsín en su política de enfrentamiento-negociación-reconciliación con las corporaciones militar y sindical (y con la bendición, también ahora, de la corporación eclesiástica cuyos fueros están intactos), y en sus objetivos de modernización del Estado y del modo de dominación en Argentina.

11. He utilizado la expresión "locura homicida". Pero esa locura, esa irracionalidad, tiene una estricta racionalidad en lo que se refiere a sus actores individuales (del mismo modo como la irracionalidad general en el mercado capitalista corresponde a la suma y al antagonismo de las racionalidades particulares de cada uno de los actores, y a la irracionalidad global de la guerra nuclear corresponde la suma antagónica de la perfecta racionalidad particular del rearme perseguido por cada una de las potencias nucleares y de los Estados nacionales en general).

Aquella racionalidad está determinada en Argentina por la necesidad del poder del Estado, concentrado en sus fuerzas armadas, de suprimir esa amenaza vital a la dominación celular, es decir, a su existencia misma. Para lograr ese fin supremo de "salvación nacional" son válidos y admisibles todos los medios. La guerra, por definición, no puede reparar en medios para lograr su fin, la aniquilación del enemigo. Todas las limitaciones que se pongan a esos medios son convenciones que saltan en cuanto, dentro de sus marcos, resulta imposible alcanzar el fin buscado. Entonces se pasa a un nivel superior: si Vietnam no ha enseñado esto, no ha enseñado nada. El único límite es la fuerza contraria y equivalente del enemigo. La clase obrera argentina, frente al desencadenamiento de la ofensiva total de la alianza siniestra contra ella, no disponía de esa fuerza equivalente.

La locura homicida es perfectamente racional. Significa, en último análisis, *la puesta en libertad sin mediaciones del despotismo industrial.* Frente al desafío a la dominación que significa la actividad —no medida políticamente, es decir, no integrada en el Estado— cuya base está en la *cooperación* y en la *solidaridad obrera,*[30] el Estado asume también sin mediaciones el ejercicio centralizado de la potencia antagónica, el mando despótico del capital. El conflicto directo, no mediado, permanente, que existe en el núcleo celular de la dominación, se generaliza en el nivel de la sociedad.

Las fuerzas armadas se convierten en la encarnación material del despotismo del capital y la coerción cubre todo el espacio del comportamiento del Estado. Como respuesta a la anomalía de la autonomía obrera, terminó por desencadenarse otra anomalía en el Estado argentino: la *Autonomía perversa de los* militares.

La racionalidad de su conducta exterminadora debe medirse por la magnitud del desafío y por el carácter específico del instrumento del Estado que aborda la tarea de resolver la crisis de dominación. Lo que cada jefe hace en

[30] Karl Marx, *El Capital*, t. I, vol. I, capítulo XI: "La cooperación", México, Siglo XXI, 1975.

su esfera particular de actividad es racional dentro de los fines de esa reducida esfera: secuestro, tortura, asesinato, desaparecimientos, robos de propiedades. El conjunto termina siendo completamente irracional (por eso desemboca en las Malvinas), irracionalidad que aparece ante los ojos de la clase dominante cuando entra en crisis el proyecto económico, se precipita la crisis interburguesa y los militares se involucran en esta crisis no sólo con los medios del mercado sino también con los que les da el poder de las armas y el terrorismo del Estado.

Dentro de esa racionalidad son funcionales los desaparecimientos y los cadáveres anónimos, que en 1984 comenzaron a aflorar de debajo de la tierra por centenares y millares. Al anonimato de la explotación capitalista, al anonimato de la fuerza de trabajo como mercancía, a la abstracción del despotismo industrial, corresponde el anonimato de los muertos intercambiables e irreconocibles. Es la conclusión última de la racionalidad capitalista frente a la fuerza de trabajo y a su rebeldía, tan diferente de la racionalidad medieval o precapitalista donde tanto los dominados y trabajadores como los muertos tienen sus nombres, imprescindibles en los lazos de dependencia personal que rigen la dominación en esas sociedades.

Para los militares cuanto hicieron no sólo es racional: es también *moral*, es el cumplimiento estricto de la moral militar determinada por sus fines. Por eso los jefes militares, a quienes la clase burguesa en conjunto encargó la tarea de la "guerra sucia" contra los trabajadores argentinos mientras ella, la burguesía, miraba para otro lado, ahora se sienten traicionados por esa burguesía que, después de haberlos usado dejándolos que se cubrieran de crímenes y se ganaran el odio de la población, ahora los contempla con horror y finge no reconocerlos como sus leales servidores. Ellos sienten, con razón, que han cumplido. Y lo dicen. ¿Dónde pues está el delito?

El delito está, precisamente, en que creyeron cumplir pero fracasaron. La anomalía pervérsa del comportamiento militar, su autonomía asesina, logró imponer una derrota global a la clase obrera pero no pudo disolver los fundamentos de su autonomía en la sociedad argentina. Sus síntomas y símbolos, sus métodos y conductas vuelven a reaparecer cuando la clase obrera argentina se reorganiza, pese a la recomposición y la transformación profundas que dicha clase ha sufrido en la última década.

Una reflexión final a este respecto: el carácter extremadamente peligroso (para la propia clase) de la ruptura obrera que se inició con el cordobazo y culminó en nivel social (pero no político) en 1974-1975, consistía en que planteaba el nivel máximo de amenaza a la dominación en la sociedad y el Estado argentinos, sin poder presentar una alternativa propia a esa dominación. Sin la resolución de este problema, tarea exquisitamente política si las hay, el peligro continuará siempre presente.

12. No están de moda en Argentina la discusión y el análisis sociológico en términos de clases, sino en términos de "participación", "democracia", "unidad nacional" o "liberación nacional". Éste es el lenguaje común a los dos grandes partidos de la política nacional, el radical y el justicialista, y a varios de los

menores. Ese lenguaje olvida u oculta voluntariamente que el mayor enemigo de los trabajadores no está afuera sino adentro, en las clases dominantes nacionales, que cuentan con aliados y socios externos muy fuertes pero cuyo poder y órganos coercitivos son nacionales y son los que siempre han reprimido a los trabajadores. En un país con una definición de clases tan nítida y tan arraigada históricamente en las conciencias como lo es Argentina, resulta erróneo plantear, por ejemplo, el problema de la deuda externa como el gran unificador de la nación: capital y trabajo tienen intereses tan antagónicos y soluciones tan diferentes frente a la deuda como lo tuvieron frente a la guerra de las Malvinas; y ya sabemos lo que costó a la izquierda en esta guerra oscurecer ese antagonismo corriendo tras la ilusión de la "unidad nacional" sin distinciones de clases.

En la discusión sobre la salida de la crisis esto debe ser puesto en primer plano, porque sólo la confrontación y la lucha entre las clases internas y sus respectivos aliados decidirá en definitiva cuál de los polos opuestos, los dueños de la tierra y de la renta agraria y sus socios internacionales o los trabajadores asalariados, deberá ver castigados sus intereses y sus ingresos por los costos de la crisis.

*El enemigo está adentro*: esta constatación es un punto de partida ineludible para la reorganización sindical y política de los trabajadores. Sin esta reorganización no puede haber siquiera recuperación de los equilibrios en el Estado como relación social en la sociedad capitalista argentina contemporánea. En ella la confrontación dominante es entre el capital y el trabajo, a la cual está subordinada la antinomia "liberación o dependencia" que aquellos partidos quieren poner en primer plano.

En esa reorganización, *sin la cual no habrá reorganización democrática duradera de la vida nacional*, la capacidad de decisión de los trabajadores en el lugar de producción encarnada en su organización de empresa sigue siendo una cuestión crucial en la configuración de las relaciones de fuerzas históricamente dadas en esa sociedad.

Los peronistas quieren mantener esa capacidad de deliberar y de *hacer política* encerrada en el ámbito estrecho de la fábrica para usufructuarla en provecho propio como punto de apoyo y moneda de cambio en el mercado de la política nacional al cual accede sólo la burocracia sindical como corporación, no los trabajadores. Pero mantener esta forma de representación corporativa implica necesariamente, al mismo tiempo y a la recíproca, consolidar la presencia corporativa del ejército y de la Iglesia y afirmar a las tres corporaciones como pilares del Estado. Los radicales, por el contrario, quieren quitar ese punto de apoyo al justicialismo, pero también a los trabajadores, disolviendo esa vida política existente en el lugar de producción y trasladándola al ámbito general de la sociedad, donde los trabajadores deberían hacer política no como tales, como productores, con el peso social específico que ello comporta, sino como simples ciudadanos, como unidades indiferenciadas en el conjunto de los votantes. No es difícil observar que esto significa dos proyectos diferentes en cuanto a la estructura del Estado.

En la nueva reorganización democrática de los trabajadores argentinos, que como siempre ha ocurrido sólo puede provenir de una movilización en

progreso, extendida durante cierto tiempo, desde los lugares de producción y por sus demandas, ellos podrán pesar en primera persona en las salidas políticas nacionales y en las configuraciones estatales si logran romper ese dilema en que los coloca la disputa entre los dos grandes partidos de la política argentina y si logran generar la fuerza, la organización y la comprensión para presentar un proyecto político nacional propio para el país. Sería ésta la única manera de generalizar y comunicar con la sociedad entera lo que todavía hoy es la politicidad cerrada de la fábrica. Dicho proyecto, que tradicionalmente ha sido el del *socialismo de los trabajadores,* está ausente en la organización de los asalariados argentinos, aunque pequeños grupos lo proclaman como su objetivo.

Ésa es una tarea de largo aliento, como la que encararon los fundadores socialistas y anarquistas de la época heroica del movimiento obrero argentino a fines del siglo pasado y comienzos del presente, sin cuya obra precursora jamás este movimiento habría alcanzado el papel protagónico que tiene en la sociedad argentina pese a derrotas, recomposiciones y transformaciones sufridas por la clase de los asalariados en los últimos diez a quince años. Pero es también, y por eso mismo, una tarea mucho más compleja social, política y culturalmente que la de aquel entonces.

Asumir ese proyecto socialista —lo cual no consiste en un acto sino en un proceso— es la condición para que la politicidad específica e intensa de los trabajadores en los lugares de producción no quede encerrada o incomunicada con la sociedad, o no se diluya y se disgregue indiferenciada en ésta, sino que se fortalezca, enriquezca y generalice invadiendo democráticamente la vida social para transformarse, de una anomalía, en la norma más general de la convivencia social y de su politicidad social. Esto prepararía, demandaría e implicaría un cambio radical de la relación social que llamamos Estado argentino, transformándola desde sus raíces de lo que hoy es, una relación del capital, en lo que mañana puede ser, una relación de trabajadores.

*México, D. F., febrero de 1985*

# III. Expresiones desde la lucha

A continuación se encontrarán una serie de documentos representativos de algunas de las expresiones de lucha más significativas de la época. El Programa del 1ro de Mayo de la CGT de los Argentinos, una declaración de SITRAC y SITRAM, y otras dos de la Coordinadora de Gremios, Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados. Es importante notar, en este apartado, la ausencia (entre otras) de las voces provenientes de las guerrillas. Esto se debe al modo en que planificamos el trabajo en el encuentro de formación, preferimos dejar el análisis y el debate sobre ese aspecto de las luchas para trabajarlo junto a un panel de invitados protagonistas de aquellas organizaciones armadas.

# Programa del 1º de Mayo.
## Mensaje a los trabajadores y el pueblo, Mayo de 1968.

CGT de los Argentinos.

1. Nosotros, representantes de la CGT de los Argentinos, legalmente constituida en el congreso normalizador Amado Olmos, en este Primero de Mayo nos dirigimos al pueblo.

Los invitamos a que nos acompañen en un examen de conciencia, una empresa común y un homenaje a los forjadores, a los héroes y los mártires de la clase trabajadora.

En todos los países del mundo ellos han señalado el camino de la liberación. Fueron masacrados en oscuros calabozos como Felipe Vallese, cayeron asesinados en los ingenios tucumanos, como Hilda Guerrero. Padecen todavía en injustas cárceles.

En esas luchas y en esos muertos reconocemos nuestro fundamento, nuestro patrimonio, la tierra que pisamos, la voz con que queremos hablar, los actos que debemos hacer: esa gran revolución incumplida y traicionada pero viva en el corazón de los argentinos.

2. Durante años solamente nos han exigido sacrificios. Nos aconsejaron que fuésemos austeros: lo hemos sido hasta el hambre.

Nos pidieron que aguantáramos un invierno: hemos aguantado diez. Nos exigen que racionalicemos: así vamos perdiendo conquistas que obtuvieron nuestros abuelos. Y cuando no hay humillación que nos falte padecer ni injusticia que reste cometerse con nosotros, se nos pide irónicamente que "participemos".

Les decimos: ya hemos participado, y no como ejecutores sino como víctimas en las persecuciones, en las torturas, en las movilizaciones, en los despidos, en las intervenciones, en los desalojos.

No queremos esa clase de participación.

Un millón y medios de desocupados y subempleados son la medida de este sistema y de este gobierno elegido por nadie. La clase obrera vive su hora más amarga. Convenios suprimidos, derechos de huelga anulados, conquistas pisoteadas, gremios intervenidos, personerías suspendidas, salarios congelados.

La situación del país no puede ser otro que un espejo de la nuestra. El índice de mortalidad infantil es cuatro veces supe-

rior al de los países desarrollados, veinte veces superior en zonas de Jujuy donde un niño de cada tres muere antes de cumplir un año de vida. Más de la mitad de la población está parasitada por la anquilostomiasis en el litoral norteño; el cuarenta por ciento de los chicos padecen de bocio en Neuquén; la tuberculosis y el mal de Chagas causan estragos por doquier. La deserción escolar en el ciclo primario llega al sesenta por ciento; al ochenta y tres por ciento en Corrientes, Santiago del Estero y el Chaco; las puertas de los colegios secundarios están entornadas para los hijos de los trabajadores y definitivamente cerradas las de la Universidad.

La década del treinta resucita en todo el país con su cortejo de miseria y de ollas populares.

Cuatrocientos pesos son un jornal en los secaderos de yerba, trescientos en los obrajes, en los cañaverales de Tucumán se olvida ya hasta el aspecto del dinero.

A los desalojos rurales se suma ahora la reaccionaria ley de alquileres, que coloca a decenas de miles de comerciantes y pequeños industriales en situación de desalojo, cese de negocios y aniquilamiento del trabajo de muchos años.

No queda ciudad en la República sin su cortejo de villas miserias donde el consumo de agua y energía eléctrica es comparable al de las regiones interiores del Africa. Un millón de personas se apiñan alrededor de Buenos Aires en condiciones infrahumanas, sometidas a un tratamiento de gheto y a las razzias nocturnas que nunca afectan las zonas residenciales donde algunos "correctos" funcionarios ultiman la venta del país y donde jueces "impecables" exigen coimas de cuarenta millones de pesos.

Agraviados en nuestra dignidad, heridos en nuestros derechos, despojados de nuestras conquistas, venimos a alzar en el punto donde otros las dejaron, viejas banderas de la lucha.

3. Grandes países que salieron devastados de la guerra, pequeños países que aún hoy soportan invasiones e implacables bombardeos, han reclamado de sus hijos penurias mayores que las nuestras. Si un destino de grandeza nacional, si la defensa de la patria, si la definitiva liquidación de las estructuras explotadoras fuesen la recompensa inmediata o lejana de nuestros males, ¿qué duda cabe de que los aceptaríamos en silencio?

Pero no es así. El aplastamiento de la clase obrera va acompañado de la liquidación de la industria nacional, la entrega de todos los recursos, la sumisión a los organismos financieros internacionales. Asistimos avergonzados a la culminación, tal vez el epílogo de un nuevo período de desgracias.

Durante el año 1967 se ha completado prácticamente la entrega del patrimonio económico del país a los grandes monopolios norteamericanos y europeos. En 1958 el cincuenta y nueve por ciento de lo fac-

turado por las cincuenta empresas más grandes del país correspondía a capitales extranjeros; en 1965 esa cifra ascendía al sesenta y cinco por ciento; hoy se puede afirmar que tres cuartas partes del gran capital invertido pertenece a los monopolios.

La empresa que en 1965 alcanzó la cifra más alta de ventas en el país, en 1968 ha dejado de ser argentina. La industria automotriz está descoyuntada, dividida en fragmentos que han ido a parar uno por uno a los grupos monopolistas. Viejas actividades nacionales como la manufactura de cigarrillos pasaron en bloque a intereses extranjeros. El monopolio norteamericano del acero está a punto de hacer su entrada triunfal. La industria textil y la de la alimentación están claramente penetradas y amenazadas.

Elmétodo que permitió este escandoloso despojo no puede ser más simple. El gobierno que surgió con el apoyo de las fuerzas armadas, elegido por nadie, rebajó los aranceles de importación, los monopolios aplicaron la ley de la selva —el dumping—, los fabricantes nacionales, hundiéronse. Esos mismos monopolios, sirviéndose de bancos extranjeros ejecutaron luego a los deudores, llenaron de créditos a sus mandantes que con dinero argentino compraron a precio de bancarrota las empresas que el capital y el trabajo nacional habían levantado en años de esfuerzo y sacrificio.

Este es el verdadero rostro de la libre empresa,de la libre entrega, filosofía oficial del régimen por encima de ilusorias divisiones entre "nacionalistas" y "liberales", incapaces de ocultar la realidad de fondo que son los monopolios en el poder.

Este poder de los monopolios que con una mano aniquila a la empresa privada ncional, con la otra amenaza a las empresas del Estado donde la racionalización no es más que el prólogo de la entrega, y anuda los últimos lazos de la dependencia financiera. Es el Fondo Monetario Internacional el que fija el presupuesto del país y decide si nuestra moneda se cotiza o no en los mercados internacionales. Es el Banco Mundial el que planifica nuestras industrias claves. Es el Banco Interamericano de Desarrollo el que indica en qué países podemos comprar. Son las compañías petroleras las que cuadriculan el territorio nacional y de sus mares aledaños con el mapa de sus inicuas concesiones. El proceso de concentración monopolista desatado por el gobierno no perdonará un solo renglón de la actividad nacional. Poco más y sólo faltará desnacionalizar la tradición argentina y los museos.

La participación que se nos pide es, además de la ruina de la clase obrera, el consentimiento de la entrega. Y eso no estamos dispuestos a darlo los trabajadores argentinos.

4. La historia del movimiento obrero, nuestra situación concreta como clase y la situación del país nos llevan a cuestionar

el fundamento mismo de esta sociedad: la compraventa del trabajo y la propiedad privada de los medios de producción.

Afirmamos que el hombre vale por sí mismo, independientemente de su rendimiento. No se puede ser un capital que rinde un interés, como ocurre en una sociedad regida por los monopolios dentro de la filosofía libreempresista. El trabajo constituye una prolongación de la persona humana, que no debe comprarse ni venderse. Toda compra o venta del trabajo es una forma de esclavitud.

La estructura capitalista del país, fundada en la absoluta propiedad privada de los medios de producción, no satisface sino que frustra las necesidades colectivas, no promueve sino que traba el desarrollo individual. De ella no puede nacer una sociedad justa ni cristiana.

El destino de los bienes es servir a la satisfacción de las necesidades de todos los hombres. En la actualidad prácticamente todos los bienes se hallan apropiados, pero no todos los hombres pueden satisfacer sus necesidades: el pan tiene dueño pero un dueño sin hambre. He aquí al descubierto la barrera que separa las necesidades humanas de los bienes destinados a satisfacerlas: el derecho de propiedad tal como hoy es ejercido.

Los trabajadores de nuestra patria, compenetrados del mensaje evangélico de que los bienes no son propiedad de los hombres sino que los hombres deben administrarlos para que satisfagan las necesidades comunes, proclamamos la necesidad de remover a fondo aquellas estructuras.

Para ello retomamos pronunciamientos ya históricos de la clase obrera argentina, a saber:

• La propiedad sólo debe existir en función social.

• Los trabajadores, auténticos creadores del patrimonio nacional, tenemos derecho a intervenir no sólo en la producción, sino en la administración de las empresas y la distribución de los bienes.

• Los sectores básicos de la economía pertenecen a la Nación. El comercio exterior, los bancos, el petróleo, la electricidad, la siderurgia y los frigoríficos deben ser nacionalizados.

• Los compromisos financieros firmados a espaldas del pueblo no pueden ser reconocidos.

• Los monopolios que arruinan nuestra industria y que durante largos años nos han estado despojando, deben ser expulsados sin compensación de ninguna especie.

• Sólo una profunda reforma agraria, con las expropiaciones que ella requiera, puede efectivizar el postulado de que la tierra es de quien la trabaja.

• Los hijos de obreros tienen los mismos derechos a todos los niveles de la educación que hoy gozan solamente los miembros de las clases privilegiadas.

A los que afirman que los trabajadores deben permanecer indiferentes al destino del país y pretenden que nos ocupemos

solamente de problemas sindicales, les respondemos con las palabras de un inolvidable compañero, Amado Olmos, quien días antes de morir, desentrañó para siempre esa farsa:

El obrero no quiere la solución por arriba, porque hace doce años que la sufre y no sirve. El trabajador quiere el sindicalismo integral, que se proyecte hacia el control del poder, que asegura en función de tal el bienestar del pueblo todo. Lo otro es el sindicalismo amarillo, imperialista, que quiere que nos ocupemos solamente de los convenios y las colonias de vacaciones.

5. Las palabras de Olmos marcan a fuego el sector de dirigentes que acaban de traicionar al pueblo y separarse para siempre del movimiento obrero. Con su experiencia, que ya era sabiduría profética, explicó los motivos de esa defección.

"Hay dirigentes —dijo—, que han adoptado las formas de vida, los automóviles, las casas, las inversiones y los gustos de la oligarquía a la que dicen combatir. Desde luego con una actitud de ese tipo no pueden encabezar a la clase obrera".

Son esos mismos dirigentes los que apenas iniciado el congreso normalizador del 28 de marzo, convocado por ellos mismos, estatutariamente reunido, que desde el primer momento sesionó con el quórum necesario, lo abandonaron por no poder dominarlo y cometieron luego la felonía sin precedentes en los anales del sindicalismo de denunciar a sus hermanos ante la Secretaría de Trabajo. Son ellos los que hoy ocupan un edificio vacío y usurpan una sigla, pero han asumido al fin su papel de agentes de un gobierno, de una oligarquía y de un imperialismo

¿Qué duda cabe hoy de que Olmos se refería a esos dirigentes que se autocalifican de "colaboracionistas" y "participacionistas"? Durante más de un lustro cada enemigo de la clase trabajadora, cada argumento de sanciones, cada editorial adverso, ha sostenido que no existía en el país gente tan corrompida como algunos dirigentes sindicales. Costaba creerlo, pero era cierto. Era cierto que rivalizaban en el lujo insolente de sus automóviles y el tamaño de sus quintas de fin de semana, que apilaban fichas en los paños de los casinos y hacían cola en las ventanillas de los hipódromos, que paseaban perros de raza en las exposiciones internacionales.

Esa satisfacción han dado a los enemigos del movimiento obrero, esa amargura a nosotros. Pero es una suerte encontrarlos al fin todos juntos —dirigentes ricos que nunca pudieron unirse para defender trabajadores pobres—, funcionarios y cómplices de un gobierno que se dice llamado a moralizar y separados para siempre de la clase obrera.

Con ellos, que voluntariamente han asumido ese nombre de colaboracionistas, que significa entregadores en el lenguaje internacional de la deslealtad, no hay advenimiento posible. Que se queden con sus animales, sus cuadros, sus automóviles,

sus viejos juramentos falsificados, hasta el día inminente en que una ráfaga de decencia los arranque del último sillón y de las últimas representaciones traicionadas.

6. La CGT de los Argentinos no ofrece a los trabajadores un camino fácil, un panorama risueño, una mentira más. Ofrece a cada uno un puesto de lucha.

Las direcciones indignas deben ser barridas desde las bases. En cada comisión interna, cada gremio, cada federación, cada regional, los trabajadores deben asumir su responsabilidad histórica hasta que no quede un vestigio de colaboracionismo. Esa es la forma de probar que la unidad sigue intacta y que los falsos caudillos no pueden destruir desde arriba lo que se ha amasado desde abajo con el dolor de tantos.

Este movimiento está ya en marcha, se propaga con fuerza arrasadora por todos los caminos de la República.

Advertimos sin embargo que de la celeridad de ese proceso depende el futuro de los trabajadores. Los sectores interesados del gobierno elegido por nadie no actúan aún contra esta CGT elegida por todos; calculan que la escisión promovida por dirigentes vencidos y fomentada por la Secretaría de Trabajo bastará para distraer unos meses a la clase obrera, mientras se consuman etapas finales de la entrega.

Si nos limitáramos al enfrentamiento con esos dirigentes, aun si los desalojáramos de sus últimas posiciones, seríamos derrotados cuando en el momento del triunfo cayeran sobre nosotros las sanciones que debemos esperar pero no temer.

El movimiento obrero no es un edificio ni cien edificios; no es una personería ni cien personerías; no es un sello de goma ni es un comité; no es una comisión delegada ni es un secretariado. El movimiento obrero es la voluntad organizada del pueblo y como tal no se puede clausurar ni intervenir.

Perfeccionando esa voluntad pero sobre todo esa Organización debemos combatir con más fuerza que nunca por la libertad, la renovación de los convenios, la vigencia de los salarios, la derogación de leyes como la 17.224 y la 17.709, la reapertura y creación de nuevas fuentes de trabajo, el retiro de las intervenciones y la anulación de las leyes represivas que hoy ofenden a la civilización que conmemora la declaración y el ejercicio de los derechos humanos.

Aun eso no es suficiente. La lucha contra el poder de los monopolios y contra toda forma de penetración extranjera es misión natural de la clase obrera, que ella no puede declinar. La denuncia de esa penetración y la resistencia a la entrega de las empresas nacionales de capital privado o estatal son hoy las formas concretas del enfrentamiento. Porque la Argentina y los argentinos queremos junto con la revolución moral y de elevamiento de los valores humanos ser activos protagonistas y no dependientes en la nueva era tecnológica que transforma al mundo y conmociona a

la humanidad.

Y si entonces cayeran sobre nosotros los retiros de personería, las intervenciones y las clausuras, será el momento de recordar lo que dijimos en el congreso normalizador: que a la luz o en la clandestinidad, dentro de la ley o en las catacumbas, este secretariado y este consejo directivo son las únicas autoridades legítimas de los trabajadores argentinos, hasta que podamos reconquistar la libertad y la justicia social y le sea devuelto al pueblo el ejercicio del poder.

7. La CGT de los Argentinos no se considera única actora en el proceso que vive el país, no puede abstenerse de recoger las aspiraciones legítimas de los otros sectores de la comunidad ni de convocarlos a una gran empresa común, no puede siquiera renunciar a la comunicación con sectores que por una errónea inteligencia de su papel verdadero aparecen enfrentados a nuestros intereses. Apelamos pues:

• A los empresarios nacionales, para que abandonen la suicida política de sumisión a un sistema cuyas primeras víctimas resultan ellos mismos. Los monopolios no perdonan, los bancos extranjeros no perdonan, la entrega no admite exclusiones ni favores personales. Lealmente les decimos: fábrica por fábrica los hemos de combatir en defensa de nuestras conquistas avasalladas, pero con el mismo vigor apoyaremos cada empresa nacional enfrentada con una empresa extranjera. Ustedes eligen sus alianzas: que no tengan que llorar por ellas.

• A los pequeños comerciantes e industriales, amenazados por desalojo en beneficio de cuatro inmobiliarias y un par de monopolios dispuestos a repetir el despojo consumado con la industria, a liquidar los últimos talleres, a comprar por uno lo que vale diez, a barrer hasta con el almacenero y el carnicero de barrio en beneficio del supermercado norteamericano, que es el mercado único, sin competencia posible. Les decimos: su lugar está en la lucha, junto a nosotros.

• A los universitarios, intelectuales, artistas, cuya ubicación no es dudosa frente a un gobierno elegido por nadie que ha intervenido las universidades, quemando libros, aniquilando la cinematografía nacional, censurando el teatro, entorpeciendo el arte. Les recordamos: el campo del intelectual es por definición la conciencia. Un intelectual que no comprende lo que pasa en su tiempo y en su país es una contradicción andante, y el que comprendiendo no actúa, tendrá un lugar en la antología del llanto, no en la historia viva de su tierra.

• A los militares, que tienen por oficio y vocación la defensa de la patria: Nadie les ha dicho que deben ser los guardianes de una clase, los verdugos de otra, el sostén de un gobierno que nadie quiere, los consentidores de la penetración extranjera. Aunque se afirme que ustedes no gobiernan, a los ojos del mundo son responsables del gobierno. Con la franqueza que prego-

nan les decimos: que preferiríamos tenerlos a nuestro lado y del lado de la justicia, pero que no retrocederemos de las posiciones que algunos de ustedes parecieran haber abandonado pues nadie debe ni puede impedir el cumplimiento de la soberana voluntad del pueblo, única base de la autoridad del poder público.

• A los estudiantes queremos verlos junto a nosotros, como de algún modo estuvieron juntos en los hechos, asesinados por los mismos verdugos, Santiago Pampillón y Felipe Vallese. La CGT de los Argentinos no les ofrece halagos ni complacencias, les ofrece una militancia concreta junto a sus hermanos trabajadores.

• A los religiosos de todas las creencias: sólo palabras de gratitud para los más humildes entre ustedes, los que han hecho suyas las palabras evangélicas, los que saben que "el mundo exige el reconocimiento de la dignidad humana en toda su plenitud, la igualdad social de todas las clases", como se ha firmado en el concilio, los que reconocen que "no se puede servir a Dios y al dinero". Los centenares de sacerdotes que han estampado su firma al pie del manifiesto con que los obispos del Tercer Mundo llevan a la práctica las enseñanzas de la Populorum Progressio: "La Iglesia durante un siglo ha tolerado al capitalismo… pero no puede más que regocijarse al ver aparecer en la humanidad otro sistema social menos alejado de esa moral… La Iglesia saluda con orgullo y alegría una humanidad nueva donde el honor no pertenece al dinero acumulado entre las manos de unos pocos, sino a los trabajadores obreros y campesinos".Ese es el lenguaje que ya han hablado en Tacuarendí, en Tucumán en las villas miserias, valerosos sacerdotes argentinos y que los trabajadores quisiéramos oir en todas las jerarquías.

8. La CGT convoca en suma a todos los sectores, con la única excepción de minorías entregadoras y dirigentes corrompidos, a movilizarse en los cuatro rincones del país para combatir de frente al imperialismo, los monopolios y el hambre. Esta es la voluntad indudable de un pueblo harto de explotación e hipocresía, herido en su libertad, atacado en sus derechos, ofendido en sus sentimientos, pero dispuesto a ser el único protagonista de su destino.

Sabemos que por defender la decencia todos los inmorales pagarán campañas para destruirnos. Comprendemos que por reclamar libertad, justicia y cumplimiento de la voluntad soberana de los argentinos, nos inventarán todos los rótulos, incluso el de subversivos, y pretenderán asociarnos a secretas conspiraciones que desde ya rechazamos.

Descontamos que por defender la autodeterminación nacional se unirán los explotadores de cualquier latitud para fabricar las infamias que les permitan clausurar nuestra voz, nuestro pensamiento y nuestra vida.

Alertamos que por luchar junto a los pobres, con nuestra única bandera azul y

blanca, los viejos y nuevos inquisidores levantarán otras cruces, como vienen haciendo a lo largo de los siglos.

Pero nada nos habrá de detener, ni la cárcel ni la muerte. Porque no se puede encarcelar y matar a todo el pueblo y porque la inmensa mayoría de los argentinos, sin pactos electorales, sin aventuras colaboracionistas ni golpistas, sabe que sólo el pueblo salvará al pueblo.

# SI.TRA.C y SI.TRA.M a los trabajadores y al pueblo argentino

El Sindicato de Trabajadores Concord (SITRAC) y el Sindicato de Trabajadores de Materfer (SITRAM), gremios que agrupan a los trabajadores del complejo industrial FIAT de Ferreyra, en oportunidad de este Congreso de Gremios Combativos de todo el país, reunidos en Córdoba los días 22 y 23 de mayo de 1971, formulan el presente programa, que constituye su ponencia en el citado Plenario Nacinoal, convocando a la clase obrera y demás sectores oprimidos del pueblo argentino a continuar y profundizar la lucha de liberación social y nacional;

VISTO:

El incesante deterioro de las condiciones de vida y trabajo de las grandes mayorías populares y el proceso de entrega nacional al imperialismo norteamericano, consecuencia inevitable de la concentración monopolista determinada por el desarrollo y organización actual del sistema de producción capitalista;

Que la política económica de los monopolios y la dictadura, aplicada a un país capitalista dependiente como el nuestro exige una agobiante explotación del proletariado y un progresivo y rápido empobrecimiento de las capas medias de la población;

Y CONSIDERANDO:

Que los partidos políticos burgueses y pequeño burgueses tradicionales han demostrado su fracaso histórico en la búsqueda de una salida que rompa el cerco opresivo de la oligarquía terrateniente, la gran burguesía industrial, comercial y financiera y la penetración imperialista;

Que sólo los trabajadores, acaudillando a las masas populares oprimidas, se muestran capaces de enfrentar el sistema de entrega, hambre y represión de los monopolios, librando victoriosas batallas reivindicativas como los "cordobazos" de mayo del 69 y marzo de 1971 que liquidaron a la llamada "Revolución Argentina", originando la caída de los agentes del Pentágono Onganía y Levingston;

Que la clase obrera, frente a la imposibili-

dad de una salida burguesa, constituye en la Argentina, el agente principal e insustituible del cambio social y la liberación nacional y en esta hora del proletariado es necesario actualizar y radicalizar los programas fundamentales que en su momento dieron los trabajadores, tales como el de La Falda, Huerta Grande y del 1° de Mayo de la CGT de los Argentinos;

RESUELVEN:

Aprobar las siguientes bases programáticas del movimiento obrero clasista, sujetas a las correcciones y modificaciones que vayan exigiendo las experiencias concretas de las luchas populares de liberación.

EN EL ORDEN ECONÓMICO

1) Estatización del comercio exterior, sistema bancario, financiero y de seguros. El comercio exterior se desarrollará con todos los países del mundo, ampliando y diversificando los mercados internacionales para lograr una creciente independencia frente al control del intercambio de los países capitalistas desarrollados. Ruptura con el Fondo Monetario Internacional, rechazo de las devaluaciones monetarias impuestas por los monopolios y orientación del sistema crediticio en función de los intereses de los trabajadores y de la Nación.

2) Expropiación de todos los monopolios industriales y estratégicos, servicios públicos y grandes empresas nacionales y extranjeras de distribución. La nacionalización comprenderá, con resguardo del derecho de pequeños accionistas, los rubros del petróleo, energía eléctrica, siderurgia, frigoríficos, transportes ferroviarios, aéreos y marítimos, comunicaciones, cemento, celulosa, papel, petroquímica y química pesada, industria automotriz, ferroviaria, aeronáutica y astilleros, extendiéndose a todos los sectores claves de la economía que comprometan la independencia de la Nación y los intereses generales del pueblo.

3) Apropiación estatal de las fuentes naturales de energía y extensión de la irrigación, caminos, comunicaciones e infraestructura económica y tecnológica al interior del país, suprimiendo la oligarquía portuaria agroexportadora y el centralismo burocrático. Se garantizará el federalismo conforme con una adecuada planificación nacional que canalice la expresión de la voluntad de la población de todos los rincones del país. Se impulsará enérgicamente todos los resortes básicos de la economía hasta la completa eliminación de la diferencia entre provincias pobres y provincias ricas.

4) Expropiación sin compensación de la oligarquía terrateniente y utilización de las tierras fiscales para un profunda reforma

agraria que entregue la tierra al campesino que la trabaja, mecanización agrícola, supresión de la intermediación capitalista a través de mercados regionales agropecuarios y desarrollo de empresas agrícolas dotadas de tecnología moderna bajo propiedad cooperativa o estatal.

5) Planificación integral de la economía, abolición del secreto comercial, protección de la industria nacional y prohibición de toda exportación directa o indirecta de capitales. Control obrero en la producción y gestión del sector industrial y comercial no expropiado.

6) Desconocimiento de la deuda externa originada en la expoliación imperialista, fijación de las condiciones en que podrán efectuarse inversiones de capital extranjero sin lesionar la soberanía nacional y creciente autofinanciamiento de nuestras actividades económicas e integración y complementación con los países latinoamericanos que se liberen de la dominación yanqui.

EN EL ORDEN SOCIAL, CULTURAL Y SINDICAL

1) Mediante la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas privadas y públicas se asegurará el sentido social de la riqueza.

La distribución de la renta nacional se orientará hacia la radical eliminación de los salarios de mera subsistencia, asegurándose a todos los habitantes remuneraciones dignas que satisfagan las necesidades de las familias obreras y campesinas en plenitud.

2) Toda la legislación laboral, social y previsional será reestructurada y adecuada a la etapa histórica de transformación económica y social, garantizándose el reajuste salarial automático por alza del costo de la vida, control popular de precios, previsión social integral que proteja la niñez, vejez e invalidez, estabilidad absoluta de los trabajadores en sus empleos y creación del fuero sindical.

3) Sistema educacional único, planificado, estatal y gratuito en todos sus niveles, con cogobierno estudiantil en el orden universitario y superior.

La enseñanza será puesta al servicio de las necesidades de las mayorías populares y de la Nación, con la máxima jerarquización científica y técnica y creando profesionales aptos para acelerar el desarrollo de la economía nacional independiente de transición al socialismo.

4) Se impulsará una nueva cultura, valorando el trabajo humano, el arte y el desarrollo intelectual de las masas populares, superando las deformaciones culturales de la sociedad capitalista y preparando a los trabajadores para que ejerzan plena-

mente su rol histórico de vanguardia en la dirección de la comunidad y tengan acceso a todas las manifestaciones artísticas y literarias y al mejoramiento espiritual en camino hacia el hombre nuevo.

5) El estado popular asegurará la defensa de los sindicatos como organismos naturales de expresión de los intereses obreros en todo el curso del proceso que lleve a la supresión definitiva del sistema capitalista y la instauración del socialismo derogando la legislación de asociaciones profesionales en todos los aspectos que afectan la independencia sindical y excluyendo toda injerencia patronal y estatal garantizándose fundamentalmente el derecho de huelga.

6) Las organizaciones sindicales serán clasistas mientras subsistan vestigios de explotación del hombre por el hombre, puesto que su función es la defensa de los derechos de los trabajadores dentro de un orden social injusto basado en la existencia de clases dominantes y clases oprimidas. No existe nada más repudiable que las camarillas traidoras enquistadas burocráticamente en las direcciones de los gremios obreros con la misión de entorpecer las luchas sociales de liberación. Constituye una primordial reivindicación de la clase obrera la democratización de los sindicatos y la plena subordinación de las direcciones al mandato y control de las bases.

EN EL ORDEN POLÍTICO NACIONAL E INTERNACIONAL

1) Las contradicciones y super-explotación derivadas del proceso de concentración monopolista, su inevitable secuela de hambre popular y quiebra total de la economía nacional dependiente, la correlativa acentuación del carácter represivo de la dictadura burguesa, oligárquica y sometida al mandato imperialista y por fin el crecimiento de la conciencia y combatividad de las masas obreras y populares conforman hoy el cuadro de las tensiones y luchas sociales en la Argentina.

2) El camino del triunfo popular comienza a recorrerse firmemente desde las históricas jornadas cordobesas del 29 y 30 de mayo de 1969 prontamente extendidas al resto del país. La gran exigencia patriótica de la hora actual es la unidad de acción, organización y lucha de todos los sectores oprimidos, revolucionarios y antiimperialistas, barriendo a las direcciones sindicales al servicio del régimen y del sistema, y avanzando hacia la constitución de un gran frente de liberación social y nacional que oponga la legítima violencia del pueblo a la violencia de la explotación y la represión de las clases dominantes, que tantos mártires ha costado a la causa popular.

3) La gran tarea del Frente de Liberación

es aglutinar bajo la dirección de los trabajadores a todos los demás sectores oprimidos, a los asalariados del campo y la ciudad, peones rurales, campesinos pobres y colonos, capas medias de la ciudad, curas del Tercer Mundo, profesionales, intelectuales y artistas progresistas y al conjunto de los estudiantes. Este Frente de Liberación Social y Nacional es el instrumento apto para derrotar a las minorías reaccionarias que detentan el poder coaligadas al imperialismo, instaurando mediante la lucha popular y las movilizaciones de masas un gobierno popular revolucionario dirigido por la clase obrera que pueda asegurar el cumplimiento del siguiente programa, concretando la revolución democrática, antimonopolista y antiimperialista, en marcha continua hacia el socialismo.

4) El nuevo estado popular deberá derogar toda la legislación represiva creada por las clases dominantes para aplastar las justas luchas obreras y oprimir al pueblo, disolviendo y suprimiendo todos los organismos armados al servicio de la represión. La garantía de expresión democrática de las grandes mayorías populares estará representada por una Asamblea Única del Pueblo, depositaria de la soberanía y superadora del centralismo dictatorial y del corrupto parlamentarismo burgués. La organización de la justicia, cuyos miembros serán designados y removidos por la Asamblea del Pueblo, perderá su carácter individualista para garantizar esencialmente los derechos sociales.

5) El gobierno popular deberá sostener una política internacional solidaria con los pueblos de los países coloniales y dependientes que como el heroico Viet Nam desarrollan sus luchas de liberación, y apoyará a los trabajadores y sectores sociales oprimidos que defienden sus reivindicaciones y libran sus batallas contra el sistema capitalista en numerosos países del mundo.

NI GOLPE NI ELECCIÓN, REVOLUCIÓN

SITRAC SITRAM

Córdoba, Mayo 22 de 1971.

# Coordinadora de Gremios, Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados.

**Documentos**

## El triunfo de la movilización[1]

Los trabajadores obtuvimos un triunfo parcial al conseguir la homologación de los convenios. Ese triunfo es parcial porque hay gremios que recibirán un salario real que no les alcaza para vivir con dignidad, hay quienes pretenden no pagar los días de paro y los responsables de la situación de crisis siguen dirigiendo la política nacional. El triunfo obtenido se arrancó con la unidad y la movilización de cada uno de los compañeros así como también de la labor de las comisiones internas combativas y la COORDINADORA DE GREMIOS, COMISIONES INTERNAS Y CUERPOS DE DELEGADOS EN LUCHA [destacado en el original, NdE] que cumplió con la función para la que fue creada: reunir el esfuerzo activo de cada compañero, de cada empresa, de cada zona industrial para movilizarse en conjunto. Esta fue en realidad la importante misión de la COORDINADORA. El esfuerzo principal lo hizo cada compañero que paró su taller y salió a la calle a reclamar lo justo. En cada una de las empresas se generó la discusión en asambleas democráticas que en más de una caso, pretendieron interrumpir las camarillas sindicales. En todas las fábricas del país las asambleas resolvieron paros que las CGT regionales tuvieron que acatar horas después que los trabajadores estábamos en la calle. Nadie mandó colectivos o camiones para que nos movilicemos, pero los conseguimos igual. Así llegamos a la plaza el 27 y a los locales sindicales los días siguientes para gritarles a los que defienden el sillón qué era lo que queríamos. Así nos frenó y gaseó la policía el jueves 3 de julio cuando rodeó la Capital Federal para impedirnos la entrada.

1. Solicitada, *Última Hora*, 17 de julio de 1975.

El 3 de julio alrededor de las 15 horas varios miles de trabajadores quedaron concentrados en distintos accesos a la Capital, eran reprimidos y no podían llegar a la Plaza de Mayo para pedir -entre otras reivindicaciones- la homologación de los convenios. Igualmente en todas las industrias se hizo paro y abandono de tareas ante la convocatoria de la COORDINADORA.

Las cifras que dieron los diarios de la cantidad de obreros movilizados ese día hablan por sí solas.

Más de 10.000 compañeros en el acceso norte en la Panamericana, la misma cantidad en el oeste. Alrededor de 5.000 en Avellaneda junto al puente Pueyrredón y varios grupos en los otros cruces del Riachuelo. En la ciudad de La Plata 7.000 compañeros marcharon en orden y se concentraron frente a la CGT Regional, donde la policía los reprimió y más tarde grupos de matones a sueldo tirotearon desde los techos a los trabajadores que se reunían para volver a sus hogares.

Los diarios también consignaron que las movilizaciones y el paro de actividades fueron convocados por la COORDINADORA. Esto ya era sabido por la clase obrera pero tal vez no por el resto de la población.

El viernes 27 de junio cuando la CGT convocó a la plaza todos asistimos y después de permanecer 6 horas una voz por parlante nos ordenó desconcentrarnos sin darnos ninguna otra explicación. Y los trabajadores entonces nos rebelamos ante la conducción vacilante que negocia de espaldas a los trabajadores y el pueblo. En este momento la formación de la COORDINADORA ya está en marcha y los sucesos de ese viernes impulsan su consolidación.

Es así que en un plenario representativo y amplio realizado el 28 de junio queda formada la COORDINADORA DE GREMIOS, COMISIONES INTERNAS Y CUERPOS DE DELEGADOS EN LUCHA.

Las bases para sumarse a la acción que llevamos adelante desde la COORDINADORA fueron y siguen siendo amplias y concisas:

Queremos defender y ampliar las conquistas del movimiento obrero en el camino definido por el pueblo el 11 de marzo: optando por la liberación y en contra de la dependencia.

Por eso entendimos desde el principio que es posible reunirse y COORDINAR esfuerzos para reafirmar la unidad de los trabajadores y es imprescindible porque los trabajadores movilizados en la calle marcan el camino de la unidad en la lucha.

NUESTRA PROPUESTA DE LUCHA ES:

1. Pago de los salarios de los días de paro.
2. Mínimo de 650.000 pesos para docentes, estatales y otros gremios sumergidos.
3. Defensa del salario real mediante un estricto control de precios.
4. Rechazar el descuento "inconsulto" de un jornal por mes en tanto que va en beneficio de intereses ajenos al pueblo.
5. Rechazar todo tipo de descuento compulsivo.
6. Exigir la renuncia a los dirigentes gremiales que apoyaron el aumento por decreto.
7. Defensa de las estructuras gremiales y recuperación de los sindicatos y de la CGT para los trabajadores.
8. Exigir la renuncia de los funcionarios responsables de la situación política y económica y de quienes traicionaron el mandato de liberación votado el 11 de marzo por el 80% de los argentinos y repudiados en el paro y las manifestaciones de los últimos días.
9. La libertad de los compañeros Ongaro, Piccinini y Collazzo y demás presos políticos, gremiales y estudiantiles.

CONVOCAMOS A TODOS LOS ORGANISMOS DE MASAS GREMIALES QUE SE IDENTIFIQUEN CON NUESTRA PROPUESTA SIN DISTINCIÓN DE IDEAS POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS CON LA CONDICIÓN DE SER REPRESENTATIVOS Y LEALES A LOS INTERESES DE LA CLASE TRABAJADORA PARA UN NUEVO PLENARIO A REALIZARSE EL DOMINGO 20 DE JULIO EN LUGAR A DESIGNAR.

Buenos Aires, 16 de julio de 1975

*Coordinadora de Gremios, Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados en Lucha de Capital y Gran Buenos Aires*
*Por la Comisión Provisoria Regional: Comisión Interna de Saiar, Cuerpo de Delegados de ASTARSA, Coordinadora de Transportes de Capital, Comisión de Reclamos de Grafa, Comisión Interna de Molinos Río de la Plata, Comisión Interna de Indiel.*

Esta solicitada fue pagada con el aporte de una colecta entre los trabajadores.

## La "guerrilla industrial", un nuevo cuento para perseguir a los trabajadores[1]

La frase "guerrilla industrial" aparece frecuentemente en boca de funcionarios oficiales, militares, algunos sectores del clero como Bonamin o Tortolo, burócratas sindicales, políticos como Alsogaray, Manrique y Balbín y los editoriales de *La Prensa* y *La Nación*. Quienes hacen uso de esta frase en ningún momento han especificado claramente su significado.

Es más, entre los 3.000 presos políticos gremiales y estudiantiles existentes en el país no hay ningún procesado como guerrillero industrial. Pero esta falta de precisión no impide que todos los sectores mencionados encuentren un destinatario preciso para dicha frase. Cada uno de los cientos de miles de trabajadores que a lo largo de 1975 han parado, se han movilizado o parado, en defensa de sus derechos y que en el 90% de los casos lo han tenido que hacer al margen de las direcciones burocráticas del movimiento obrero.

La historia de la clase trabajadora aquí o en cualquier parte del mundo está plagada de ejemplos que nos demuestran que la huelga y la movilización son las herramientas más contundentes con que contamos los trabajadores para defender nuestros derechos. O sea que los trabajadores en 1975 no hemos inventado nada nuevo, simplemente estamos obligados a abandonar nuestro puesto de trabajo y ganar la calle en forma más permanente porque nos encontramos frente a un gobierno que a pesar de haber sido elegido por la inmensa mayoría de nuestro pueblo, está gobernando al servicio de la oligarquía y los grandes monopolios nacionales y extranjeros.

Lo único nuevo en la historia de nuestro movimiento obrero es que hoy por esa mayor conciencia que tenemos los trabajadores enfrentamos decididamente a los dirigentes que traicionaron y traicionan nuestras luchas.

1. Declaración de la Coordinadora Capital y Gran Buenos Aires, *El Auténtico* Nº 8, 23 de diciembre de 1975.

Así es como en la primera semana de julio de 1975 los trabajadores iniciamos una huelga general de 10 días sin esperar que Herrera y Miguel lo decidieran. Ellos no tuvieron más remedio que apoyarnos para no quedar definitivamente desautorizados ante las bases, por ello paramos y nos movilizamos independientemente de sus maniobras burocráticas, elegimos nuevos delegados, formamos coordinadoras de internas por gremio, como en UOM, UTA, UF, etc. y confluimos en la Coordinadora de Gremios y Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados en Lucha que en Capital y GBA nuclean a más de 130 organismos representativos de las bases.

¿Por qué nos acusan de "guerrilla industrial"?

Si la huelga y la movilización son tan viejas como la clase trabajadora misma ¿a qué obedece esta acusación? Ante la tremenda resistencia activa que está ofreciendo la clase trabajadora a la política de hambre y represión, ya no bastan las tradicionales maniobras patronales, despidos, suspensiones desconocimiento de delegados, descabezamiento de las direcciones combativas, etc. Es necesario poner en marcha todo el arsenal represivo con que cuenta el sistema para frenar estas nuevas formas de organización que nos estamos dando.

Pero la represión a los trabajadores también es tan vieja como nuestra propia historia de trabajadores. Al igual que desde la época del coronel Falcón como en la Semana Trágica, como en la Patagonia, o en el asalto a los sindicatos en 1955, en la huelga del Lisandro de la Torre en 1959, en el CONINTES de 1960, en fin, en SITRAC-SITRAM y en los Cordobazos, Tucumanazos y Rosariazos, el gobierno de Isabel Martínez vuelve a utilizar a las FFAA como el brazo armado de la dependencia y la explotación, para acallar nuestras voces de rebeldías.

A este gobierno antipopular ya no le basta la interminable lista de mártires populares torturados y asesinados por la Triple A. Necesita que las FFAA intervengan como en Sierra Grande, Neuquén, o en La Matanza en Bendix y AVON, en los famosos "rastrillos". La única diferencia con otras represiones al movimiento obrero es que hoy se hace en nombre del combate a la "guerrilla industrial".

Hoy la clase trabajadora ya no se traga estos motes como lo prueban las movilizaciones de ASTARSA, metalúrgicos de La Matanza y las medidas tomadas por distintos establecimientos de la zona norte del Gran Buenos Aires contra la represión. Para confirmar esto que decimos podemos repasar

quiénes nos acusan de tal cosa, sectores históricamente enfrentados al pueblo y que son los nombrados al principio. Entre ellos se destaca Balbín quien más reiteradamente hace esta acusación. No nos asusta al igual que Manrique o Alsogaray porque ellos han avalado los fusilamientos del 9 de junio de 1956 y de Trelew en 1972 y hoy justifican la intervención de las FFAA y de Seguridad y apoyan la ley de defensa con sus votos. Tampoco nos asusta que lo haga en nombre de un partido democrático ya que hasta ahora ningún trabajador radical ha levantado un dedo para delatar a sus compañeros.

Para los trabajadores la única "guerrilla industrial" es la de quienes especulan con el mercado negro, el contrabando, la sobrefacturación, los bajos salarios, las suspensiones, las quiebras fraudulentas.

Pero los trabajadores no conocemos que ninguno de estos guerrilleros se haya detenido. Y nosotros los conocemos por nombre y apellido a cualquiera de ellos: Ford, Bunge y Born, Alsogaray, Mercedes Benz, etc.

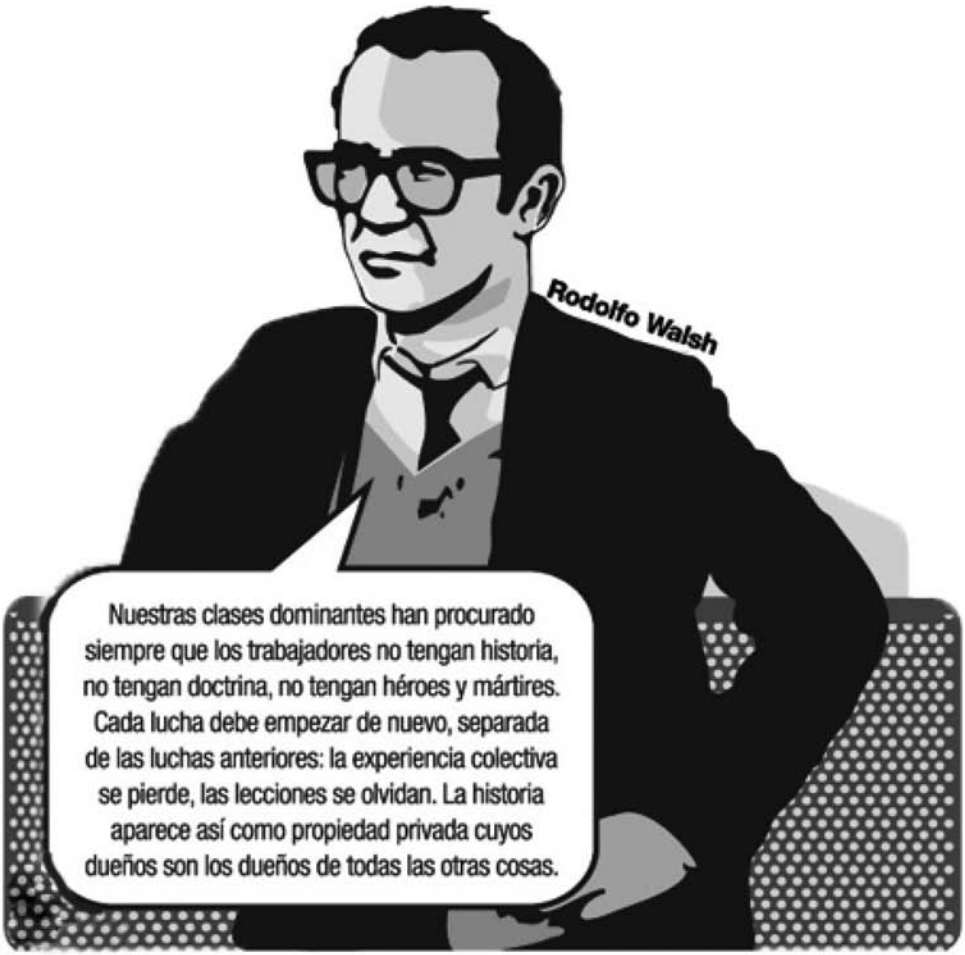
Por todo esto la Coordinadora continuará denunciando todo avasallamiento al movimiento obrero exigiendo la libertad de los presos, la plena vigencia de la democracia sindical con el objetivo de recuperar nuestras organizaciones gremiales y ponerlas al servicio de los Irrenunciables intereses de la clase trabajadora.

**Las imágenes y los cuadros que utilizamos en esta cartilla fueron tomadas del poster "El Arbolazo", incluido en el revi-poster colectivo: "El Cordobazo", elaborado por el Colectivo de Historia Vulgar e Iconoclasistas.**

**www.divulgarhistoria.blogspot.com**
**www.iconoclasistas.com.ar**

Material elaborado por el Área de Formación
del Frente Popular Darío Santillán
http://formaciondelfrente.blogspot.com/
formacion.fpds@gmail.com

La realización de este material
fue posible gracias al aporte solidario
de la Fundación Rosa Luxemburgo
http://www.fundacionrosaluxemburgo.org/


Rodolfo Walsh
Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas.